

EL SANTUARIO DE IKUARA-MAHL

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



EL SANTUARIO DE IKUARA-MAHL

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

636 – Viaje a lo desconocido, *Joseph Berna*.

637 – No eran de este mundo, *Kelltom McIntire*.

638 – ¡Jo, que pequeñitos!, *Ralph Barby*.

639 – Tornado cósmico, *Glenn Parrish*.

640 – La diosa de las profundidades, *Joseph Berna*.

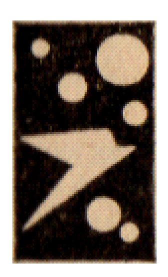
KELLTOM
McINTIRE

EL SANTUARIO DE IKUARA-MAHL

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 641

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 31.563 - 1982

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1982

2ª edición en América: mayo, 1983

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Vanessa despertó sobresaltada en mitad de la noche y se incorporó de un brinco incontrolado sobre el lecho.

Jadeó en medio de la oscuridad.

¿Qué era lo que la había despertado?

Se palpó la piel bajo el finísimo tejido de su camisón y comprobó que estaba empapada en sudor.

¿Una pesadilla?

Dentro de la vasta habitación que ocupaba, el silencio era absoluto. A través de una de las extrañas ventanas romboidales, una leve luminosidad amarillenta penetraba en la alcoba haciendo resaltar en la penumbra los escasos y rústicos muebles que completaban la pieza.

—Calma —se dijo a sí misma—. Debiste soñar con algo desagradable, eso es todo. Tal vez, la cena de anoche...

Respiró profundamente, controlándose, pues sabía que la respiración intensa y sosegada calmaría sus nervios.

En aquel momento, un alarido animalesco hendió el aire.

Vanessa saltó sobre el lecho, lívida de espanto.

Su epidermis se había contraído instantáneamente y sus cortos cabellos se erizaron.

—¿Dios mío? ¿Qué ha...? —murmuró. Pero su voz se estranguló en la garganta.

Un escalofrío violento la agitó convulsivamente. Luego sus manos

tiraron con urgencia de la ropa de la cama y Vanessa se hizo un rebuño, tapándose la cabeza con la almohada.

«Un animal, una fiera salvaje debe andar suelta ahí, fuera», pensó.

Los gruñidos volvieron a dejarse oír en mitad de la noche.

No era un solo animal el que chillaba, sino varios.

El sonido gutural que llegaba hasta Vanessa era como un ¡amento sostenido y bestial. Pero no se trataba del gruñido de una bestia amenazadora, sino más bien la voz de un animal encerrado o sometido a castigo.

Poco a poco, Vanessa fue tranquilizándose.

—¿Por qué me habré alterado de esta forma? —se preguntó a sí misma. A pesar de lo cual, continuó agazapada e inmóvil en el lecho —. Las puertas de esta fortaleza son sólidas, metálicas. No hay motivos para alarmarse.

De todas formas, Vanessa no estaba segura de haber echado aquella noche la pesada aldaba que aseguraba interiormente la puerta de su dormitorio. Por lo común, nadie en Tcharanx tomaba tales medidas de seguridad, puesto que la ciclópea fortaleza era poco menos que inexpugnable. Erguida sobre un risco, la sólida construcción elevaba sus murallas más de treinta metros sobre su basamento. No existía otro acceso seguro que el del estrecho puente excavado en la roca sobre un tajo de casi cien metros de profundidad. Y aunque los muros estuvieran formados por bloques ciclópeos, éstos estaban tan perfectamente ajustados entre sí que las paredes de la muralla resultaban absolutamente lisas y por tanto, inescalables.

Pero volvieron a dejarse oír los berridos escalofriantes y la mujer se estremeció en su lecho.

—Deben ser esos animales que Dybenko caza en las praderas de Lehandri —reflexionó—. Dibenko regresó anoche de una de sus partidas de caza a las que es tan aficionado. Vi cómo descargaban unas jaulas de acero de los vehículos. Probablemente, ha debido cazar algunos especímenes vivos. Pero, ¿por qué esa manía de encerrar a las fieras dentro de la fortaleza, cuando hace pocos meses se construyó un parque zoológico al otro lado de los muros?

A Vanessa no le gustaba Georgiu Dybenko. Para ella, Dybenko no era sino un loco, un fanático capaz de exponer a los expedicionarios a

toda suerte de riesgos. Había demostrado su falta de sensatez cuando, unos meses atrás, obligó a todos los componentes de la misión en Hoorland a descender al cráter del volcán Kaouru en una exploración que costó la vida a tres personas. A pesar de que Dybenko juraba y perjuraba que no existía el menor riesgo, una mujer —Huura— y dos hombres —Chabi y Kusmin— pagaron con su vida la falta de sentido común de aquel brutal individuo.

¿Qué ocurrió en Kaouru? Tras descender unos trescientos cincuenta metros por el anchísimo cráter de! volcán extinguido, los exploradores encontraron dos chimeneas secundarias.

—Dividámonos en dos grupos —ordenó Dybenko—, cada uno de los cuales explorará una de estas dos atractivas galerías.

Dybenko jamás admitía que sus decisiones se pusieran en tela de juicio. Él era el jefe y ninguno de los expedicionarios poseía autoridad suficiente para rebatir sus designios.

Vanessa Durham también formaba parte del equipo encargado de la exploración del cráter del volcán Kaouru, en su calidad de doctora en Medicina y Biología. Y ella precisamente había formado la cabeza del grupo que —el día anterior—, había tratado de disuadir a Georgiu Dybenko de su decisión de explorar el Kaouru.

—Ya veo que están aterrados —se burló Dybenko—. Y también conozco el origen de su temor: el hallazgo de esos caparazones de arácnidos gigantes en las laderas del volcán. Pero, convénzanse: son simples restos de animales que existieron en Hootland hace millones de años. Actualmente, las condiciones de vida en este planeta han evolucionado, de forma que la existencia de esos arácnidos monstruosos es imposible.

Como siempre, Dybenko no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Cuando alguien se exponía a discutir sus decisiones, Dybenko se limitaba a argüir:

—Yo soy el jefe y decido lo que haya de hacerse. ¿Olvidan que fueron precisamente ustedes los que me eligieron como organizador?

Así, pues, los exploradores del cráter del Kaouru se dividieron en dos grupos y se separaron.

La galería ascendente por la que avanzó el grupo de Dybenko tenía poca pendiente y era de tales proporciones que permitió a los exploradores caminar erguidos y a buen paso durante un rato.

Por el contrario, la que exploraba el grupo en el que se incluía la doctora Vanessa Durham era más angosta y dificultosa, por lo que apenas pudieron avanzar más de unos cincuenta metros antes de escuchar aquel grito de aviso que provenía del cráter.

—¡Vuelvan, vuelvan todos! — clamaba uno de los expedicionarios del grupo de Dybenko—. ¡Ha ocurrido un accidente!

—Me lo temía —susurró Vanessa. Y fue la primera en retroceder a toda prisa.

Según supieron poco después, a la cabeza del grupo de exploración de Dybenko iban Kusmin, Huura y Chabi. Caminaban sobre la brillante capa de lava cristalizada, cuando el piso se hundió bajo sus pies y desaparecieron.

Los restantes exploradores con Dybenko a la cabeza, se aproximaron y comprobaron que sus compañeros habían caído a un pozo, oculto a la vista por una delgada lámina de capa vitrificada.

Abajo se oían unos gemidos, pero los chorros luminosos de las lámparas no pudieron hallar los cuerpos de los accidentados, pues el trazado de la chimenea descendente era muy sinuoso.

Dybenko dispuso que bajaran dos hombres, que se descolgaron aferrados a sólidas cuerdas.

A los pocos minutos, los que se hallaban arriba escucharon un grito destemplado de terror.

E inmediatamente, los dos hombres del equipo de socorro escalaron el pozo, lívidos de terror.

—¡Los arácnidos! —exclamaron al llegar arriba, temblorosos de puro pánico—. ¡Hay docenas de esos monstruos allá abajo! ¡Y están devorando a Kusmin, Chabi y Huura!

Dybenko barbotó unas palabrotas entre dientes y se encaró con los dos exploradores.

—¡Sois unos malditos cobardes, unos hijos de...! ¡Dejadme, dejadme a mí! Yo bajaré y rescataré a nuestros compañeros —chilló.

Y colocándose el fusil-láser a la espalda, tomó una de las resistentes cuerdas y comenzó a descender.

Aún no había bajado diez metros cuando se detuvo.

—¡Diablos...! —le oyeron gruñir los de arriba.

Y en seguida .Dybenko retrocedió apresuradamente y llegó arriba con las facciones de un color terroso muy desagradable.

Y luego, allá abajo se vieron aparecer unas pinzas monstruosas y un cuerpo abominablemente peludo que, afianzado fácilmente en las paredes del pozo, ascendía vertiginosamente:

Los que vieron aquello, huyeron a la desbandada sin detenerse a dar explicaciones. Y los demás les imitaron, impulsados por el miedo.

Por fortuna, las sogas utilizadas en el descenso estaban tendidas hasta el fondo de la sima y los exploradores pudieron ascender hasta una cota segura.

Desde allí, contemplaron espantados la aparición de numerosos arácnidos gigantes a través de la boca de la segunda chimenea secundaria.

Dybenko, histérico, alzó su fusil-láser y disparó su mortal rayo. Abajo se vio un chisporroteo, ascendió una nubecilla de humo acre y maloliente y los peludos cuerpos se agitaron unos segundos y cayeron, hasta desaparecer.

Naturalmente, Dybenko no se atrevió a organizar una patrulla para rescatar los cadáveres de las tres personas despeñadas en el pozo, entre otras cosas porque suponían que las monstruosas arañas que pululaban en las galerías subterráneas habrían devorado ya sus cuerpos.

Los exploradores, tristemente impresionados, reemprendieron la escalada y abandonaron el cráter de Kaouru.

Cuando hicieron un alto a distancia prudencial, Vanessa se enfrentó decididamente con el jefe de la misión en Hootland.

—¿Y ahora, Dybenko? —planteó.

—¿Ahora..., qué? —gruñó el hombre, desafiante.

—¿Es que no tiene corazón? —se exaltó la doctora Durham—. ¡Usted es el responsable de la muerte de tres de nuestros compañeros! Nosotros, los demás, ni siquiera tendremos el consuelo de dar

sepultura a sus cadáveres… ¿Es que no comprende que su temeridad y su soberbia han sido la causa de la horrible muerte que han encontrado dos hombres y una mujer?

El barbudo hombretón se encogió de hombros.

—Nuestra misión es explorar este planeta salvaje, realizar estudios, levantar mapas. Y este trabajo entraña ciertos riesgos, es evidente, Cuando los gobernantes de Phaz-Krinoll nos reclutaron para venir a Hootland, todos sabíamos a lo que nos exponíamos. Huura, Chabi y Kusmin han muerto. Y aún moriremos muchos de nosotros…

Alzó la mirada y escrutó fijamente las bellas facciones de Vanessa Durham.

—¿Qué pretende, doctora? ¿Que me eche a llorar por ello? —inquirió. Y le dio bruscamente Ia espalda.

CAPITULO II

No pudo conciliar el sueño en el resto de la noche.

En cambio, sí tuvo los arrestos suficientes para abandonar el lecho, caminar sigilosa hasta la puerta y ajustar la sólida aldaba metálica. Tras lo cual, volvió apresuradamente a la cama y se acurrucó bajo las mantas.

Allá abajo, en algún lugar recóndito de la gran fortaleza de Tcharanx, volvieron a producirse aquellos gruñidos prolongados capaces de helar la sangre en las venas.

Vanessa se estremeció.

—¿Qué especie de anima! es ése… capaz de producir un lamento casi humano? —se preguntó, aterrada.

La colosal construcción de piedra volvió a quedar en silencio.

—Nunca debí venir a Hootland —se reconvino a sí misma.

¿Por qué había emprendido aquella peligrosa aventura?

Las condiciones impuestas por los gobernantes de Phaz-Krinoll a los candidatos eran durísimas.

—Hootland apenas ha sido explorado, si bien sabemos con toda seguridad que su suelo es fértil y su atmósfera perfectamente respirable —les habían prevenido—. Desde arriba, nuestros equipos de cosmonautas han apreciado algunos vestigios que nos animan a pensar que Hootland estuvo alguna vez habitado por seres inteligentes. Poseemos imágenes un tanto borrosas de lo que pudiera tomarse por antiguas fortalezas construidas por la mano del hombre. Sin embargo, el único equipo de exploración que puso sus pies en Hootland no llegó a descubrir seres humanos propiamente dichos, si bien avistaron animales de proporciones antropoides, que tomaron por grandes monos inofensivos...

Aquel primer grupo de exploradores en Hootland había permanecido en el planeta durante casi un año.

—Puntualmente, íbamos recibiendo sus comunicaciones. Nos describieron a grandes rasgos !a numerosa flora y la increíble fauna de Hootland y nos enviaron algunos documentos relativos a la extensión de sus mares y grandes lagos, de su primitivo sistema orográfico, hidrográfico y sismológico.

Los exploradores habían trabajado de firme, sin concederse descanso.

—Llegaron a la conclusión de que Hootland supone una gigantesca reserva de todos los recursos conocidos. Espesos bosques de árboles gigantescos cubren la mayor parte de la superficie terrestre y las zonas tropicales forman una inmensa alfombra de verdes sabanas. A! parecer, el subsuelo es muy rico en recursos minerales, algunos de ellos desconocidos hasta ahora.

En cuanto a las especies animales, eran tan abundantes y diversas que los primeros exploradores habían quedado maravillados.

—En Hootland existen numerosas manadas de herbívoros, pero también se han hallado reptiles desconocidos, insectos no catalogados y grandes mamíferos que el hombre no había contemplado hasta ahora.

Los hombres y mujeres procedentes de Phaz-Krinoll habían rastreado incansablemente las posibles huellas de seres humanos.

—Y al fin, su interés se vio compensado cuando encontraron la

fortaleza de Tcharanx, situada en el cinturón subtropical de Hootland. Los exploradores quedaron impresionados a! contemplar la soberbia construcción ciclópea que se alza en lo alto de un risco. Aunque el estilo arquitectónico tenía un aspecto rudo y elemental, sin concesiones a otra exigencia que la solidez y la inexpugnabilidad, los exploradores estuvieron seguros de que Ia fortaleza había sido construida por la mano del hombre.

No habían detectado el menor movimiento en Tcharanx, a la que observaron desde prudencial, distancia durante dos jornadas.

—Finalmente, los exploradores decidieron acercarse y penetrar en la fortaleza a través del único acceso desde tierra: un puente tallado en la roca. Poco después comprobaban que Tcharanx estaba vacía. Aquella colosal construcción de cuatro plantas' formada por centenares de espaciosas piezas, baluartes, escaleras, rampas y sótanos había sido abandonada. ¿Cuándo? Los exploradores no pudieron determinarlo, pues no hallaron indicio alguno que pudiera orientarlos. No existían muebles, útiles, armas. Ni siquiera cadáveres o esqueletos. Nada. Tcharanx estaba vacía por completo.

Se hicieron numerosas conjeturas, desde guerras tribales y destructivas hasta la posibilidad de un cataclismo que hubiera terminado con todos los habitantes de la ciudad-fortaleza de Tcharanx. El hallazgo de aquel castillo roqueño se' convirtió en un enigma sin solución.

—El grupo de exploración decidió instalarse en Tcharanx. Bastaron unas pocas modificaciones para que el castillo quedase acondicionado. Sin embargo, poco después las comunicaciones del grupo quedaron cortadas por completo. Desde Phaz-Krinoll insistimos día y noche para intentar obtener sus informes, pero los medios de comunicación permanecieron mudos. Durante largos meses, aún tuvimos la esperanza de volver a escuchar, a detectar alguna señal de vida por parte de ellos. El silencio fue la única respuesta.

A un enigma —el que suponía la ciclópea fortaleza de Tcharanx—, se unía ahora otro: la desaparición del nutrido grupo de exploradores en Hootland.

La confederación de Phaz-Krinoll se reunió con carácter de urgencia. De aquella asamblea salió la decisión de enviar a Hootland un segundo y más nutrido equipo de exploración.

Estaría formado por doscientos hombres y mujeres, capacitados

para ejercer en Hootland determinadas funciones específicas.

¿Por qué Vanessa Durham fue una de las primeras personas en ofrecerse a la aventura? En Phaz-Krinoll la vida era agradable, cómoda y fácil. ¿Cuál era Ia razón que la impulsaba a desafiar el riesgo, la muerte quizá?

La desesperación, simplemente. La seguridad de que, desde el momento en que Paul Detric la decepcionó, Vanessa estaría condenada a la soledad y a la infelicidad.

La relación de Detric con la doctora Durham había comenzado en un momento particularmente dramático y en un lugar poco convencional: en el quirófano de urgencias del Primer Hospital de Phaz-Krinoll.

Detric era un famoso actor, un personaje adorado y mimado. Verdaderamente, se trataba de un hombre muy atractivo: de estatura regular, pero muy proporcionado y viril, sus cabellos rubios enmarcaban un rostro de belleza poco común.

Vanessa le vio por primera vez en el quirófano. Paul arrojaba sangre por la boca y sus bellas facciones tenían una palidez cadavérica.

Vanessa se enamoró de él precisamente en aquel momento, cuando Detric estaba a un paso de la muerte.

Aquella noche., Ia doctora Durham no durmió. No sería la primera vigilia, porque Detric permaneció muchos días entre la vida y la muerte.

Tras las numerosas transfusiones, Vanessa sometió al enfermo a diversos análisis. ¿El resultado? El famoso actor padecía una gravísima infección de Ia sangre.

Vanessa le trató y cuidó a lo largo de más de dos meses. Había abandonado por completo su vida social y se enclaustraba en el hospital, siempre pendiente de su paciente. Durante horas y horas contemplaba el rostro demacrado del actor. Y cuanto más tiempo pasaba vigilando su estado de salud, más y más profundo iba siendo el amor que sentía por él.

Paul Detric sanó por completo. Antes de abandonar el hospital, requirió la presencia de la doctora Durham. Tomándola emocionadamente por las manos, la besó en los labios y dijo:

—Ven a vivir conmigo, Vanessa. Creo que a partir de ahora no sabré vivir sin ti.

Y ella se marchó con él, gozosa y feliz.

Se sucedieron dos meses de un apasionado y efímero idilio. Para Vanessa, Paul Detric era un dios, un ser sobrehumano, perfecto. Sólo hallaba un defecto en él: aquella tendencia a dejarse acompañar frecuentemente por jóvenes actores que le idolatraban.

Hasta que surgió la revelación. Una tarde, Vanessa abandonó temprano el hospital y decidió visitar a Paul en el teatro donde éste actuaba. La representación no comenzaría hasta dos horas más tarde y la joven doctora se sentía gozosa ante la posibilidad de pasar aquel tiempo en compañía del hombre que amaba fervientemente.

Imaginaba que Paul se encontraría en su camerino, estudiando su papel en la obra que aquella noche se estrenaba. Cuando avanzaba por el pasillo, oyó aquellas risas estruendosas. Y sonaban precisamente al otro lado de la puerta del camerino de Paul Detric.

Vanessa se detuvo indecisa. Evidentemente, Paul recibía la visita de otras personas, presumiblemente un grupo de aquellos jovencísimos y bellos actores que le rendían constantemente su admiración al célebre ídolo de la escena.

Finalmente, la doctora Durham decidió que ella poseía el privilegio de irrumpir en las habitaciones del divo sin hacerse anunciar.

Empujó la puerta y… quedó paralizada por la sorpresa. Lo que contemplaron sus ojos era indescriptible: una orgía, una verdadera y escandalosa orgía. Paul, completamente desnudo, permanecía en el centro de aquella «cama redonda», ocupada también por cuatro jovencitos igualmente desnudos que acariciaban lascivamente el cuerpo de Paul.

El choque emocional fue tan intenso, que Vanessa perdió literalmente la respiración. Ahogándose, pues, retrocedió apresuradamente y abandonó el camerino, sintiéndose morir.

Al final del pasillo, se vio obligada a detenerse. Sufría una taquicardia descontrolada y por un momento temió morir allí mismo, pues su corazón parecía a punto de estallar.

Con un esfuerzo de voluntad, se irguió y trató de dominar su respiración.

La puerta del camerino se abrió en aquel momento y ante sus ojos apareció Paul, que había tomado apresuradamente un albornoz de seda azul.

—¡Espera, Vanessa! ¡Tengo que explicarte...! —gritó el hombre.

Pero ella exhaló un grito desesperado y huyó.

Algunos días después, Paul Detric apareció inesperadamente en el hospital. Tan inesperadamente que la doctora Durham no tuvo tiempo para impedir aquel encuentro.

—Lo siento —pronunció él, retorciéndose nerviosamente las cuidadas manos—. Creo que sufrí una especie de deslumbramiento contigo, Van. Quizá al principio te amé, como consecuencia del agradecimiento que sentía hacia la persona que me salvó la vida. Quizá debí hablarte de mi desviación sexual, quizá...

—Vete, por favor —pidió Vanessa, aparentemente indiferente—. Vete. Nada hay entre tú y yo.

Y Paul Detric se marchó. Pero en cuanto el hombre desapareció, la doctora Durham prorrumpió en un llanto profundo y desesperado. Todas sus ilusiones perdidas, todas sus esperanzas frustradas... Alrededor de ella, no vio sino cieno maloliente.

Cayó en una profunda depresión que la enfermó. En lo más profundo de su ser, la doctora Durham no vislumbraba ningún futuro para ella. De allí en adelante, sería una mujer amargada y desconfiada. Incluso llegó a pensar en el suicidio.

Por eso, cuando oyó hablar de la segunda exploración al planeta Hootland y de los peligros que entrañaba aquella misión, Vanessa decidió inscribirse.

—Puede ser la solución —reflexionó.

Quitarse la vida o perderla en una aventura arriesgada, ¿qué más daba?

Cuando finalmente fue convocada al Centro de Adiestramiento de Exploradores Espaciales, Vanessa se sintió liberada en parte.

Luego, en unión de varios centenares de candidatos, se sumergió en el torbellino de duros ejercicios físicos, pruebas científicas, formación y tratamiento psíquico. El trabajo era muy intenso y las jornadas tan

largas, que la doctora Durham apenas tenía tiempo libre para pensar en ella misma y en sus problemas íntimos.

Por supuesto, no había logrado superar su trauma, pero el recuerdo de su tragedia personal fue relegado a un rincón de su memoria.

Se sintió íntimamente satisfecha cuando al final de las pruebas fue seleccionada para formar parte de la misión que sería transportada al planeta Hootland. Muchos hombres y mujeres habían sido eliminados durante las pruebas, pero la doctora Durham viajaría a Hootland.

De los trescientos seleccionados, cien de ellos desistieron del viaje al conocer las condiciones por la Confederación.

—Es justo que lo sepan antes de emprender el viaje a Hootland —les dijeron—: No se trata solamente de los considerables riesgos que correrán en aquel planeta, sino también del hecho de que jamás volverán a Phaz-Krinoll. La Confederación ha decidido colonizar Hootland, después' de que toda la superficie del planeta haya sido explorada. Así, pues, ustedes serán los pioneros que se establecerán allá definitivamente. Espero que, de una forma natural, se unirán en parejas y tendrán hijos que poblarán Hootland. Si el proyecto tiene éxito, dentro de algunos años la Confederación enviará nuevos contingentes de colonos a Hootland, medida que aliviará la soledad inicial de los componentes.de esta misión. Y ahora, señores, ustedes tienen la palabra. Como se han alistado libremente a este programa, con la misma libertad pueden elegir entre continuar o rechazar esta misión, evidentemente arriesgada.

Fueron muchos los que desistieron, pero la mayoría perseveró en su suicida propósito de colonizar Hootland. Y entre estos últimos se encontraba Vanessa Durham.

En definitiva, prefería con mucho arriesgar su vida en un empeño noble que languidecer lentamente en Phaz-Krinoll hasta que la tentación del suicidio fuera tan fuerte que no pudiera resistirse a ella.

Tal vez en Hootland consiguiera alcanzar la paz interior. Y en caso contrario...

CAPITULO III

AI amanecer, los pavorosos alaridos cesaron.

Cuando el sol penetró a través de los ventanales con forma romboide, Vanessa, exhausta, se adormeció.

Pero despertó bruscamente al escuchar aquel otro estridente alarido: el de la sirena que Georgiu Dybenko hacía sonar cada mañana, al amanecer.

Se desperezó lánguidamente. Le dolían las articulaciones y los músculos como consecuencia de la tensión sufrida durante la larga vigilia, pero se deslizó fuera del lecho, realizó flexiones y ejercicios respiratorios y poco a poco fue desentumeciéndose y sintiéndose mejor.

En un rincón de su dormitorio, tan amplio como un pequeño templo, había un lavabo. Aún no se había instalado agua corriente, debido a la febril actividad exploradora a que les obligaba Dybenko. De modo que cada cual disponía de un recipiente de plástico lleno de agua con la que realizar las indispensables abluciones matinales. El proceso era muy elemental, primitivo, pero de momento todos habían de conformarse con lo que tenían a mano. (Rudy Talvini, el joven arquitecto del grupo, estaba empeñado en dotar la fortaleza de Tcharanx de las necesarias instalaciones higiénicas, pero Dybenko le había obligado a posponer aquel proyecto).

Vanessa se encolerizaba a menudo contra Dybenko. Aquel fanático sólo tenía una ambición: desentrañar cuanto antes los misterios de Hootland. Para ello, no le importaba sacrificar la seguridad y el bienestar de sus compañeros de misión.

Para Vanessa, lo primordial era conseguir hacer de Tcharanx un lugar habitable, digno de alojar a doscientas personas. Disponían de máquinas, útiles y materiales suficientes para convertir la fortaleza en un palacio, pero a Dybenko le traía cuidado el confort de la comunidad. Las únicas obras que se habían llevado a cabo en el sólido refugio consistieron en colocar puertas metálicas en todas las dependencias e instalar un elemental alumbrado eléctrico.

Aquella mañana, Vanessa necesitaba tomar una ducha templada que relajase sus nervios y tonificase sus cansados músculos. Pero pensar en ello era tanto como acariciar un sueño imposible.

Era una mujer escrupulosa con su higiene personal, de modo que

no vacilaba en buscar un lugar a propósito donde tomar un baño. A menos de un kilómetro de Tcharanx, discurría un arroyo que se nutría de las aguas de deshielo procedentes del colosal macizo montañoso situado al norte. El riachuelo formaba una laguna de limpísimas aguas al alcanzar las praderas de Lehandri. No existía el menor peligro en aquellas aguas transparentes de escasa profundidad, de modo que en cuanto tenía un momento de respiro, Vanessa se acercaba al estanque y tras comprobar Ia soledad del paraje, se desnudaba y nadaba gozosamente durante largo rato.

Allí la había sorprendido Georgiu Dybenko en cierta ocasión, proporcionándole un susto de muerte, pues la doctora Durham fue a emerger precisamente de las aguas junto a la roca redondeada donde estaba apostado el hombre.

¿La había estado espiando Dybenko? Al principio, aquel individuo que se había autonombrado líder de la expedición, no demostró un particular interés hacia las mujeres del grupo. Fuera del tiempo dedicado a la exploración y el estudio, Dybenko prefería mantenerse apartado de sus compañeros, con los que apenas mantenía otras relaciones que las estrictamente profesionales.

Sin embargo, cuando Vanessa avistó a Dybenko al borde de la laguna, comprobó que él contemplaba su desnudez con ansiedad. Tenía los labios entreabiertos, respiraba con jadeos y sus ojos oscuros brillaban más de lo normal.

Ella se encorajinó.

—¿Puedo saber qué hace aquí? —preguntó, tras retroceder pudorosamente hasta que el agua la cubrió por completo—. Me ha asustado estúpidamente.

Dybenko permaneció silencioso.

No parpadeaba. Continuaba mirando a Vanessa con actitud de admiración.

—¿Es que ha estado espiándome? —exclamó ella, encolerizada—. Nunca hubiera podido imaginar que un tipo como usted se atrevería a...

La expresión del hombre cambió. Dybenko se irguió bruscamente y trató de adoptar una actitud digna y distante.

—¿Espiarla? —respondió despectivo—. Siento decepcionarla,

doctora Durham, pero se equivoca. Por otra parte, usted sólo me interesa profesionalmente.

Vanessa se echó a reír.

—¿Quiere decir que es un interés meramente profesional el que le ha traído aquí? —preguntó, con sorna.

Dybenko apretó las mandíbulas y de sus ojos escapó un raro fulgor azulado.

—Sí, aunque lo dude —afirmó—. Mi obligación es ocuparme de la seguridad de todos, incluida usted, aunque ya le he dicho que. personalmente no me interesa. He observado algunas de sus súbitas desapariciones y me he sentido preocupado. Por eso hoy decidí seguirla y comprobar lo que hacía. Y ahora, salga de ahí, vístase y regrese a Tcharanx.

—¿Por qué he de hacerlo? —exclamó ella, desafiante.

—Es peligroso permanecer a solas en un lugar como éste. Peligro para usted, ¿comprende? ¿O ha olvidado que Hootland está plegado de fieras peligrosas? Ya conoce uno de nuestros mandamientos: no alejarse en solitario.

Vanessa se mordió los labios.

—Está bien. Márchese y saldré del agua —indicó.

Dybenko entreabrió los labios en una sonrisa.

—Me alejaré unos metros y la esperaré. Y no tema: ya le he dicho que su posible atractivo físico no me quita el sueño —dijo. Y se alejó.

Recordando aquel episodio mientras se refrescaba el rostro con agua fría, Vanessa comprendió que Georgiu Dybenko le había sido antipático desde el primer momento.

Ya durante el largo viaje a través del espacio, aquel individuo se había hecho notar por su decidida vocación de organizador. Sin embargo, la Confederación de Phaz-Krinoll no había nombrado a ninguno de los expedicionarios como jefe, pues cada una de las personas que componían la misión en Hootland conocía específicamente su labor a realizar.

Luego, ya en el planeta a colonizar y en cuanto la gran astronave

que les había traído se perdió en el espacio, Dybenko llamó la atención de todos y les habló:

—La fortaleza de Tcharanx está a corta distancia de aquí, pero aun así tendremos que organizamos para montar los vehículos y trasladar la carga allá. De forma que para armonizar nuestro esfuerzo necesitamos un jefe. Como experto en dirección de equipos, yo poseo la experiencia necesaria. ¿Estáis de acuerdo en que sea yo quien os dirija?

En principio, nadie se opuso a aquella propuesta. Ciertamente, era preciso coordinar todas las funciones y si Dybenko poseía la capacidad exigible para este cometido, tanto mejor.

Lo que no podían suponer entonces era que aquel individuo comenzaría en seguida a imponer su criterio abusivamente, pues Dybenko se tomó tan en serio su papel que a partir de aquel momento tomó todas las decisiones que atañían al grupo, sin tener en cuenta las opiniones de los demás.

A partir de allí, Dybenko se había ido imponiendo a todos de una forma soterrada y sutil hasta convertirse en poco menos que un tirano. Su autoridad estaba respaldada por un grupo de ambiciosos individuos pertenecientes al grupo de mantenimiento. Eran los mecánicos Tuckerman, Burlaki, Galves, Morris y Vagai.

Sin dar cuenta a nadie, Dybenko almacenó todas las armas en un arsenal del sótano, al que sólo tenían acceso él y sus incondicionales. Por lo demás, también acaparó y puso a buen recaudo las provisiones e incluso la central de telecomunicaciones.

Naturalmente, se produjeron algunas protestas, entre ellas la de la doctora Durham.

—Cuestión de seguridad —se justificó el déspota—. Ustedes estuvieron de acuerdo con que yo me erigiera en jefe. Por tanto, deben acatar sin discusión cuanto yo disponga.

El malestar se fue extendiendo entre los exploradores. Excepto los mecánicos de mantenimiento, que formaban grupo aparte alrededor de Dybenko, nadie estaba de acuerdo con los abusos del desconfiado jefe. Alguien propuso una asamblea secreta para arrebatar el poder a Dybenko, pero cuando más de un centenar de personas se hallaban reunidas en una de las salas de Tcharanx, irrumpieron violentamente los sicarios de Dybenko e impusieron el pánico arrojando sobre la asamblea varias bombas de *styrlite*, una sustancia cuyo humo producía

ceguera temporal.

Cundió el desconcierto, se oyeron gritos de terror y los asambleístas trataron de escapar, despavoridos.

Como el humo de las bombas de styrlite les cegaba, tropezaron entre sí, forcejearon y cayeron. Algunos de los caídos fueron pisoteados y sufrieron graves contusiones.

Pero hubo una persona que permaneció impasible, demostrando una admirable serenidad: la doctora Durham.

No podía ver lo que ocurría a su alrededor, pues sus ojos estaban tan irritados por la tóxica sustancia que le era imposible mantenerlos abiertos, a pesar de lo cual permaneció inmóvil, tratando inútilmente de tranquilizar a sus compañeros de asamblea.

Hasta que sintió que alguien la agarraba rudamente y la sacaban a empellones de la estancia.

Cuando minutos después recobró la visión, se encontró en el centro de la explanada interior de la fortaleza, rodeada por sus compañeros de conspiración.

Los sicarios de Georgiu Dybenko empuñaban los temibles fusiles-láser, señal indudable de que estaban dispuestos a reprimir el motín incluso a costa de las vidas de los que se les opusieran.

Vanessa se alarmó ante aquella demostración de fuerza y violencia. Hasta entonces el déspota se había limitado a impartir sus instrucciones sin amenazas. Pero el hecho de que sus secuaces empuñasen las mortíferas armas para vigilarles era más que expresivo.

Dybenko apareció un momento después. Vestía una túnica roja con los bordes rematados de oro fino y calzaba unas altas botas negras y relucientes. Al parecer, trataba de impresionarles con aquella suntuosa vestimenta.

Paseando su mirada fría y altanera por encima de los circunstantes durante largos minutos, Dybenko habló al fin:

—Quiero saber de quién partió la idea de la rebelión —especificó—, Quiero conocer los nombres de los cabecillas.

Un estremecimiento de pánico recorrió a los hombres y mujeres

que ocupaban en confuso montón el centro de la explanada de Tcharanx. Los conspiradores se miraron entre sí con temor… ¿Qué se proponía hacer Dybenko?

El déspota repitió su petición y añadió:

—No pienso tomar represalias contra los culpables…, si sus nombres me son desvelados ahora mismo. Si se empeñan en callar, les tendré aquí, hambrientos y sedientos, hasta que se deciden a confesar.

Vanessa no pudo contener su indignación. Abandonando el grupo, avanzó unos pasos hacia Dybenko, pero Vagai —uno de los guardaespaldas— alzó su rifle y la encañonó.

—¡Quieta ahí, doctora Durham! —chilló descompuesto.

Vanessa se detuvo en seco. Muy pálida, temblorosos los labios, acababa de comprender que aquel hombre no dudaría en disparar contra ella a matar si seguía caminando en dirección a Dybenko.

—¡No tiene derecho! —gritó, a pesar de todo—. Debe estar loco para imaginar que vamos a obedecerle como borregos… ¿Quién diablos es usted, Dybenko, para erigirse en caudillo? Nadie le nombró, porque en Phaz-Krinoll sabían muy bien que nosotros no necesitábamos jefe. Ahora comprendo que fuimos excesivamente confiados cuando le permitimos mangonear. Pero esto se acabó: quiero comunicarme con la Confederación. ¡Les informaré de todo lo que sucede aquí…!

Los negros ojos de Dybenko lanzaron un característico fulgor azulado.

—Así que fue usted, doctora Durham, la causante del alboroto —pronunció con lentitud, detallándola de los pies a la cabeza—. En ese caso, no tengo más remedio que tomar medidas contra usted. Se merece un castigo por su afán sedicioso y lo recibirá aquí, en presencia de todos. Ello servirá a todos de escarmiento… ¡Galves, Burlaki! ¡Tráiganla aquí!

Instintivamente, Vanessa dio un paso atrás, aunque no se sentía atemorizada.

Burlaki, un colosal hombre de color, robusto y musculoso, fue el primero en aferrar a la doctora por un brazo. De un brusco tirón, aquel individuo hizo rodar a la mujer por los suelos hasta quedar a los pies de Dybenko.

Unas mujeres gritaron; entre los hombres se produjo un movimiento de tensión.

Fue entonces, mientras Dybenko acariciaba el rebenque que usaba para dominar a los animales salvajes, cuando se oyó un grito a espaldas de la doctora Durham.

—¡Esperen! ¡Ella no es culpable! La idea de convocar la asamblea partió de mí.

Vanessa alzó la cabeza del suelo polvoriento. De entre la masa de sus compañeros, surgió Ruddy Talvini, el joven arquitecto.

Cuando llegó ante el déspota, Talvini temblaba. Sin embargo, parecía empeñado en conservar su entereza a pesar de todo.

Dybenko escrutó sus facciones con fijeza. Y luego exclamó:

—¡Nunca lo hubiera sospechado! ¡El elegante y suave Talvini como cabeza visible de una conspiración contra mí! ¿Es eso cierto, Ruddy?

Talvini inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Así es. Yo fui quien pasó el aviso a todos. Estaba harto de usted. Si hay algún culpable, ése soy yo —confesó, elevando el mentón.

Dybenko estalló en una carcajada.

—¡Bien, bien, mi querido Ruddy! ¡Quién lo iba a decir! En fin, no es necesario que siga interpretando el papel de héroe ante la doctora Durham. Di una palabra y la cumpliré: no habrá represalias. Pero si alguien sintiera la tentación de conspirar contra mi autoridad, les juro que los rebeldes se acordarían de mí —declaró.

Los vigilantes se retiraron de la explanada cuando Dybenko dio Ia espalda a los reunidos y se marchó. Poco a poco, todos fueron desfilando hacia sus aposentos sin intercambiar una palabra.

Si lo que el déspota pretendía era imponer el miedo, lo consiguió, al parecer.

Algunas semanas más tarde, se produjo aquel suceso, la desaparición de Ruddy Talvini, junto con otros dos jóvenes técnicos.

Aquellos tres hombres, junto con otras treinta personas que componían la expedición a las colosales cataratas de Iké-Bayoore, habían partido aquella misma mañana en tres vehículos aptos para

desplazarse a través de la jungla.

Los que regresaron relataron que habían echado en falta a Talvini, Grecco y LaTerre hacia el mediodía, cuando se reunieron al pie de las cataratas para almorzar. Invirtieron varias horas en buscarlas, pero no hallaron ni al ingeniero ni a sus dos ayudantes.

¿Se habían despeñado accidentalmente desde lo alto? Sus compañeros declararon que Talvini y sus ayudantes se habían alejado para explorar y fotografiar la hondonada donde el caudaloso Iké-Bayoore vertía sus aguas. Era un lugar peligroso, bordeado de rocas resbaladizas situadas sobre un precipicio de setenta metros.

A la mañana siguiente, Dybenko organizó una partida de rescate, compuesta por cinco vehículos y cuarenta hombres y mujeres.

Vanessa, que estimaba sinceramente al joven arquitecto e ingeniero, pidió ser incluida en la partida.

Fue inútil registrar los intrincados parajes próximos a las cataratas. Sin embargo, hacia el mediodía y cuando el sol ardía materialmente en lo alto, un grupo de batidores dio la voz de alarma y los exploradores fueron confluyendo en una elevada y abrupta colina pedregosa.

En una oquedad del terreno, hallaron tres esqueletos prácticamente mondos sobre los que pululaban centenares de aquellas hormigas negras llamadas *krakriks*, de un palmo de longitud y armadas de poderosas mandíbulas.

No fue difícil identificar los restos mortales de Talvini, LaTerre y Grecco, pues sus ropas y calzado estaban intactos.

—Un accidente, un desgraciado y estúpido accidente —pronunció Dybenko—. Probablemente estos tres hombres se extraviaron y vagaron durante largas horas a través de la espesa jungla. Al cabo, decidieron descansar aquí, extenuados. Es posible que se durmieran..., sin tener en cuenta que esta zona está plegada de las temibles krakriks. Es lamentable, pero no podemos hacer otra cosa por ellos que enterrarlos.

Aunque se había endurecido mucho desde que abandonaran Phaz-Krinoll, Vanessa notó que unas lágrimas afloraban a sus- ojos.

No podía explicarse aquellas muertes. Talvini no era un tipo temerario y alocado, sino un profesional sensato y responsable.

¿Extraviarse? Ruddy conocía bien la zona de las cataratas, que había visitado varias veces con el fin de estudiar las posibilidades de instalar allí una gran central hidroeléctrica.

La única explicación factible era otra: era posible que el ingeniero y sus dos ayudantes hubieran ingerido algún fruto venenoso de los que abundaban en aquella zona, según el doctor Vargas, experto en Botánica.

Desgraciadamente, ya no era posible analizar las vísceras de aquellos tres infelices, pues sus cuerpos habían sido devorados completamente por las voraces hormigas krakriks.

Había, pues, que dar por buena la versión de Dybenko. De todas formas, las especulaciones no bastarían para resucitar a los tres desgraciados exploradores.

Tristes y abatidos, los exploradores iniciaron el retorno a la fortaleza de Tcharanx después de inhumar los restos mortales de aquellos hombres.

Al atardecer, Wimi Shandaranaike —una joven analista de su equipo— se reunió con Vanessa en la habitación de esta última. Su actitud recelosa y furtiva sorprendió a la doctora Durham, ya que su ayudante jamás se había comportado así.

En cuanto penetró en la espaciosa estancia, Wimi cerró la puerta tras sí y la aseguró con la sólida barra metálica.

Y de pronto, impulsivamente, rompió en sollozos.

—Pero, Wimi, ¿qué te ocurre? —le preguntó Vanessa, afligida.

—Es por Ruddy... —gimió—. Yo... ¡le quería tanto! Y ahora... ¡ahora tengo la seguridad de que fue asesinado junto con LaTerre y Grecco!

Vanessa la sostuvo entre sus brazos.

—¿Cómo puedes estar segura de eso? —preguntó, mientras trataba de consolarla.

Wimi alzó la mirada bruscamente.

—Porque yo sé que fueron ellos tres quienes convocaron la asamblea para arrebatar el poder a Georgiu Dybenko —confesó—. Sí,

ellos fueron los que se entrevistaron con la mayoría de nosotros para obtener nuestro respaldo. Dybenko no quiso eliminarlos por las ciaras. Temía a Ruddy y decidió deshacerse de él y sus amigos de una forma solapada. Y lo ha conseguido.

Aunque no tenía pruebas, Vanessa comprendió que Wimi decía la verdad. Dybenko no se había detenido ante el crimen.

CAPITULO IV

—Tienes muy mala cara, Vanessa —comentó Wimi Shandaranaike, cuando ambas mujeres se reunieron en el laboratorio. ·

Vanessa se volvió a mirarla.

—No es extraño —respondió—. Apenas he podido pegar ojo a lo largo de la noche. ¡Esos horribles alaridos...!

Su guapa compañera compuso un gesto de extrañeza.

—¿De qué alaridos hablas?

—¿Es que no los oíste? Debes ser muy dura de oído, Wimi. A mí, esos alucinantes gruñidos me despertaron de madrugada y ya no fui capaz de conciliar el sueño. Sonaban de cuando en cuando y sus trémolos recorrían todos los rincones de la fortaleza. Fue... estremecedor —confesó la doctora Durham.

Wimi movió la cabeza.

—Yo no oí nada. Bueno, estaba muy fatigada y además yo tengo el sueño pesado —colocó cuidadosamente el tubo de ensayo que estaba observando en una estantería y se acercó a su compañera—, ¿Quién crees tú que producía esos gritos?

Vanessa se encogió de hombros.

—No lo sé. He oído decir que Dybenko ha encerrado algunos animales en los sótanos de la fortaleza. Tal vez... se tratase de esas fieras. Sin embargo...

—¿Qué?

—No sé —respondió la doctora Durham esbozando un gesto vago con su mano derecha—. Parecía la voz de un animal sometido a castigo y exhalando un trémolo escalofriante, casi humano, ¿comprendes?

—Deben ser esos grandes antropoides que Dybenko y sus hombres cazaron en la jungla. Lo que no acabo de entender es por qué Dybenko se empeña en alojar a esas bestias en la fortaleza. Esos animales son muy peligrosos. ¡Si alguno de ellos lograse romper su jaula!

Un gesto decidido se dibujó en las facciones de Vanessa.

—Tengo que averiguar qué se propone Dybenko —susurró—. ¿No has advertido que desde hace unas semanas ese individuo se comporta de modo muy extraño? Ha suspendido las habituales exploraciones y nos mantiene a todos entretenidos en otros trabajos, mientras él y sus guardaespaldas se alejan de Tcharanx en los vehículos. Se marchan muy de mañana y vuelven con las primeras sombras de la noche. No dejan un solo vehículo a nuestra disposición, como si pretendieran evitar que espiásemos sus movimientos. Luego descargan esas grandes jaulas cubiertas con fundas de plástico, que trasladan subrepticiamente a las estancias subterráneas de !a fortaleza. ¿No te parece que todo eso es muy extraño?

Wimi asintió.

—Tienes razón —dijo—. ¿Qué estará maquinando?

Pero Vanessa no supo darle respuesta.

Permaneció unos segundos abstraída y finalmente alzó la mirada para centrarla en las carnosas facciones de Wimi Shandaranaike.

—Hay una forma de averiguarlo, pero resultaría demasiado arriesgada —susurró.

—¿Qué pretendes? —preguntó Wimi, con gran ansiedad.

—Descender a los sótanos y echar una ojeada —respondió Vanessa, intrépida.

—Pero...

—Dybenko y los suyos han debido marcharse ya y a estas horas estarán muy lejos de aquí. ¡Es el mejor momento para curiosear!

—Pero el acceso estará cerrado. Dybenko hizo instalar una sólida puerta de acero _n la escalera del sótano —arguyó Wimi.

Vanessa se mordió los labios.

—Es cierto. ¿Quién podría ayudarnos? —exclamó.

Reflexionaron sobre aquel asunto. Luego la expresión de Wimi se animó.

—¡Ya lo tengo! Alex Hillman. Alex es un expertísimo cerrajero y creo que fue él precisamente quién instaló todos los sistemas de seguridad. Esas cerraduras son inviolables en teoría, pues se accionan con un mecanismo electrónico, pero Alex debe conocer la forma de facilitarnos la entrada. ¿Quieres que vaya a buscarle? Probablemente, estará trabajando en el taller.

—De ninguna manera —la detuvo la doctora Durham—. Hemos de proceder con cautela, querida Wimi. Es posible que Dybenko tenga espías entre nuestros propios compañeros. Ha impuesto el miedo entre nosotros... ¿Quién nos asegura que alguno no haya cedido y nos esté vigilando por orden de ese déspota? No, no irás a entrevistarte con Hillman. Aguardaremos la hora del almuerzo y luego procuraremos acercarnos a él casualmente. ¿De acuerdo?

—Está bien —aceptó Wimi, aunque se sentía impaciente.

A la hora del almuerzo, hombres y mujeres abandonaron sus trabajos y se reunieron en la gran estancia habilitada como comedor.

Vanessa y Wimi, que habían procurado llegar en seguida, recogieron sus bandejas en el mostrador de la cocina y se demoraron a propósito hasta que Alex Hillman tomó la bandeja con su almuerzo y se dirigió a una mesa apartada. Inmediatamente las dos mujeres le siguieron y se sentaron a la misma mesa.

A Hillman le brillaron los ojos de satisfacción al mirar a Wimi. A Vanessa no le pasó por alto la ansiedad y la complacencia que demostraba aquel hombre ante la atractiva presencia de Wimi.

—Una agradabilísima sorpresa —comentó Alex—, Durante meses y meses, he tratado inútilmente de ocupar un lugar junto a ti, Wimi. ¡Y ahora eres tú quien viene a mi mesa! Y acompañada nada menos que

por la esplendorosa e inteligente doctora Durham. Indudablemente, soy un hombre afortunado.

Wimi le devolvió una sonrisa encantadora.

—Queremos pedirte un favor, Alex —fue directa al asunto la joven analista.

—¿De qué se trata? —preguntó Hillman, sin disimular su interés.

—Hablemos en voz baja. No estamos seguros de que Dybenko no haya establecido un discreto espionaje sobre nosotros, mientras permanece ausente. La doctora Durham te lo explicará.

Después de confiarle sus inquietudes, el rostro juvenil de Alex Hillman se ensombreció.

—Demasiado arriesgado —dijo—. Ya conocéis a Dybenko. ¡Si nos descubriera…! Tengo la sospecha de que ese desalmado nos haría desaparecer como a…

—No nos descubrirán si obramos con prudencia —arguyó Vanessa —. Sea como fuere, yo estoy dispuesta a penetrar en los secretos de ese individuo. Si tú no nos ayudas, Alex, veremos la forma de arreglárnosla por nuestra cuenta.

—¡No sabéis lo que decís! —respondió el joven—. El acceso a los subterráneos es infranqueable. La entrada está bloqueada por una gruesa hoja de acero macizo y la cerradura es un mecanismo electrónico de seguridad.

—Ya veo que hemos sido tontas al confiar en ti —comentó Wimi, expresando gráficamente su decepción—. Eres incapaz de abrirnos esa puerta.

—¿Quién dijo tal cosa? —se apresuró a responder Hillman—. Es difícil, pero no imposible. Escuchad —Alex bajó aún más el tono de su voz—: la cerradura tiene un mecanismo electrónico de combinación. Se acciona un teclado manualmente para formar la clave numérica. Después es preciso pronunciar la misma cifra en orden invertido. A partir de ahí, los anclajes que inmovilizan la puerta se retiran por sí mismos.

A Wimi le brillaron los ojos de emoción.

—¿Y tú conoces la combinación? —susurró.

Hillman movió la cabeza en sentido negativo.

—Expliqué a Dybenko cómo formar la combinación que deseara. Sólo tenía que ajustar el mecanismo, ¿comprendéis? Y eso fue lo que hizo Dybenko: ajustó la combinación que le pareció y que, por supuesto, yo ignoro.

—Así que no hay nada que hacer —suspiró Wimi, resignada.

Una sonrisa enigmática distendió los labios del experto en Electrónica.

—Bueno, yo construí ese mecanismo, de modo que… podría averiguar la combinación que Dybenko estableció. Es un procedimiento muy lento, de eliminación , que llevaría varias horas.

—Pero tú no estás dispuesto a arriesgarte —le censuró Wimi.

—¿Por qué habría de hacerlo? —respondió, mirándola fijamente—, Desde que llegamos aquí, me sentí atraído por ti. Te he seguido a todas partes, me he sentido inquieto por tu causa, he llegado a obsesionarme. Pero tú… ¡pareces tan indiferente!

Wimi le envolvió en una mirada intensa, subyugante.

—Quizá, si nos ayudases, me sentiría impresionada por tu valor, Alex. Quizá —susurró.

Hillman alzó una manó fogosamente para acariciar a la joven, pero la retiró al recordar la presencia de la doctora Durham. Trinchó nerviosamente un trozo de carne asada y empezó a masticar con admirable apetito.

Vanessa y Wimi, que aún no habían tocado sus platos, le imitaron, aunque ninguna de las dos tenía apetito. Pero se animaron mucho cuando Alex hizo un alto en su yantar y señaló a Wimi con su tenedor.

—Veré qué puedo hacer por ti, pequeña —prometió.

Wimi le acarició una mano disimuladamente y, volviéndose, guiñó un ojo a Vanessa en señal de complicidad.

Terminado el almuerzo, se separaron. Hillman marchó a su taller y las dos mujeres volvieron al laboratorio, donde trabajaron hasta el atardecer.

Era ya de noche cuando se oyó el fragor de los vehículos del grupo de Dybenko, que retornaba a Tcharanx.

Asomadas a un ventanuco de la gruesa muralla, Wimi y la doctora Durham siguieron con las miradas la lenta ascensión de los vehículos, que traspusieron el puente labrado en la roca y penetraron en el patio de la fortaleza. Ya allí, los hombres de Dybenko descargaron cuatro grandes jaulas, que fueron arrastradas por la rampa que llevaba a los subterráneos. La operación se llevó a cabo en silencio, subrepticiamente, mientras aquel coloso de color llamado Burlaki vigilaba en la explanada con un fusil-láser entre las manos.

Luego Dybenko emergió a la superficie seguido de Vagai, Tuckerman, Morris y Galves. Los vehículos fueron llevados a los garajes improvisados con planchas metálicas al fondo de la explanada y los cinco hombres se retiraron.

—Bajemos al comedor —propuso Vanessa—, Y veamos qué tiene que decirnos tu enamorado Alex.

Vieron a Hillman junto al mostrador de la cocina, con su bandeja en la mano y aguardando ostensiblemente a que ellas llegaran. En cuanto las dos mujeres tomaron sus bandejas y ocuparon una mesa alejada, Hillman se aproximó.

—¿Qué? —preguntó Wimi ansiosamente, en cuanto tomaron asiento.

Hillman miró disimuladamente a su alrededor. La casi totalidad de los expedicionarios ocupaban las numerosas mesas del comedor. Las conversaciones se mantenían en tono quedo, comedido, al contrario que a la hora del almuerzo, en que la animación entre hombres y mujeres era ostensible.

¿Cuál era la explicación? Sencillamente, a la hora del almuerzo, Dybenko y sus secuaces se hallaban lejos y la gente se sentía más relajada, distendida, feliz.

Era cierto que Dybenko y los suyos rara vez aparecían en el comedor, pero la seguridad de que aquellos individuos se encontraban ya en Tcharanx amordazaba las lenguas y ensombrecía los rostros.

Wimi volvió a formular su pregunta a Alex, quedamente.

Una leve sonrisa se. insinuó en los labios de Hillman.

—Al parecer, Dybenko no es lo imaginativo que yo pensaba —dijo.

—Explícate —pidió Wimi.

—La combinación está formada por doce dígitos, distribuidos en grupos de tres cifras. Dibenko podía haber elegido una combinación más complicada, pero según he descubierto no se barrenó demasiado la cabeza.

—¿Cuál es la combinación? —inquirió la doctora Durham.

Alex tornó a vigilar disimuladamente a su alrededor.

—Muy fácil de recordar —respondió en un susurro—. 888-666-444-222. Para que el mecanismo funcione es preciso pronunciar esos mismos grupos ante el micrófono empotrado en el marco metálico, pero en sentido inverso. Es decir: 222-444-666-888. Me ha costado más de tres horas de trabajo y ya temía que Dybenko regresase y sus guardaespaldas me sorprendiesen con las manos en la masa. Pero finalmente mi analizador de funciones halló el orden correcto de las cifras y pude escapar de allá abajo antes de que...

Vanessa contuvo la respiración.

Ahora, que estaban en disposición de averiguar los secretos manejos de Dybenko, la aventura se le antojaba enormemente peligrosa, arriesgada, temeraria.

Consumió la cena apresuradamente, mientras Wimi y Hillman se contemplaban, mutuamente encandilados.

Por un momento, Vanessa tuvo la tentación de proponer al hombre que las acompañara en Ia incursión nocturna que se proponían llevar a cabo. La presencia de un hombre en la furtiva descubierta, ¿no serviría para darles seguridad? Finalmente, decidió no complicar más a Hillman, que se había expuesto ya considerablemente.

Poco después, los dos hombres y la mujer abandonaban el comedor. Mientras Hillman besaba furtivamente a Wimi en el pasillo, sonó la sirena que ordenaba a los expedicionarios retirarse a sus dormitorios.

Quizá fue aquel sonido penetrante lo que acabó de decidir a la doctora Durham. Era insoportable seguir aguantando las imposiciones del déspota, que incluso les señalaba —mediante el toque de sirena— el momento de irse a la cama.

—Tiene que haber algún medio de anular a Dybenko, pues es imposible continuar así —se dijo.

Habló brevemente con Wimi Shandaranaike y se retiró a su habitación.

Se sentía muy fatigada, puesto que no había descansado convenientemente la noche anterior, pero estaba dispuesta a mantenerse despierta hasta que...

CAPITULO V

Poco después de ¡a media noche, un alarido lejano recorrió medrosamente los desiertos corredores de Tcharanx.

Vanessa se rebulló en su cama, un tanto nerviosa. Bajo la almohada, sus dedos se plegaron alrededor del mango cilíndrico de la linterna.

—Calma, aún no es el momento —se dijo.

Tenía el cuerpo en tensión, ansiosa por abandonar su angustiosa inmovilidad y pasar a la acción, pero la prudencia aconsejaba aguardar una hora aún. Para entonces, Dybenko y su pandilla estarían todos en su primer sueño, el más pesado y profundo.

Pasó el tiempo con desesperante lentitud. Y luego oyó aquel ruidito en su puerta.

No era aún la hora acordada. Por tanto, ¿quién estaba al otro lado de la puerta?

Abandonó el lecho y caminó descalza hasta la puerta, asegurada con la barra metálica. Quienquiera que estuviera al otro lado, volvió a golpear quedamente.

—¡Vanessa! ¡Abre, por favor; soy yo! —se oyó la susurrante voz de Wimi Shandaranaike.

Vanessa descorrió la barra y abrió rápidamente la puerta. Wimi se precipitó en su interior. Jadeaba.

—¿Qué ocurre? —siseó Vanessa, en cuanto cerró la puerta—. Quedamos en que…

—Me ha sido imposible esperar más —respondió la joven, respirando afanosamente—. Esos alaridos han llegado a perturbarme terriblemente. No podía aguantar sola en mi dormitorio y decidí venir aquí. Luego, ya en el pasillo, me pareció escuchar unos pasos detrás de mí y me asusté aún más.

—¿Comprobaste si alguien te seguía? —preguntó Vanessa, alarmada.

—No vi a nadie. Quizá sólo fuera producto de mi pánico. Perdóname, sé que debí controlar mis nervios, pero…

—No te preocupes. Y tranquilízate. Esperemos —dijo la doctora Durham.

Prestó atención a los ruidos exteriores. Nada.

Vanessa tomó a Wimi de un brazo y la guió hasta el fondo de la habitación, donde estaba la cama. Wimi temblaba con fuerza. Vanessa la obligó a sentarse en el borde del lecho.

—Creo… creo que vamos a cometer una locura —murmuró.

—Tal vez. Si tienes miedo, lo mejor será que te quedes.

—No he dicho eso. Contigo me siento más segura —respondió—. Dime, ¿qué esperas encontrar allá abajo, en los sótanos?

—Lo ignoro. Pero quiero saber por qué Dybenko oculta esos animales. He hecho algunas preguntas. Al parecer, nadie los ha visto. ¿Por qué? Esa es la cuestión. Además… Trataré de encontrar la central de telecomunicación e informaré al Consejo Rector de la Confederación para explicar lo que está sucediendo aquí. Después me sentiré más tranquila —susurró la doctora Durham.

En el silencio de la noche se oyó la risita desganada de Wimi.

—¿Y de qué te valdrá denunciar a ese canalla? Nuestro destino es vivir en Hootland hasta que nos llegue la muerte y los de la Confederación no vendrán en nuestra ayuda. Dybenko sabe que tiene todos los poderes al alcance de su mano. Ese tipo parece acometido por locas ansias de grandeza. ¿Viste la riquísima túnica roja que vestía la tarde en que su guardia nos atacó con bombas cegadoras?

¡Parecía un viejo personaje escapado del teatro! ¿Sabes qué pienso, Van? Dybenko es un perturbado. Posiblemente pretenda erigirse en soberano absoluto de este planeta... —dijo Wimi, abrazada a la doctora Durham en la espesa oscuridad.

—Sí, es posible que tengas razón. Dybenko no parece una persona en su sano juicio. Pero, recuérdalo, nadie puede desafiar al Consejo Rector de la Confederación. Dybenko no se saldrá con Ia suya. Si ha asesinado a Talvini y sus ayudantes, pagará por ello, puedes estar segura —especificó la doctora.

Permanecieron susurrando la una junto a la otra por espacio de otra media hora. Al fin, Vanessa se incorporó del lecho.

—Vamos —indicó, decidida.

Tomó a Wimi por la mano y la condujo hasta la puerta, que entornó ligeramente. Atisbo el pasillo, comprobó que estaba desierto y se volvió a mirar a Wimi.

—Ahora escucha: si alguien, incluidos Dybenko y sus hombres, nos sorprendiera en nuestro camino, diremos que te has puesto repentinamente enferma, que has venido a mi habitación para pedirme ayuda —advirtió—. Declararemos que nos dirigimos al botiquín a buscar algún específico que alivie tus dolores de estómago. ¿De acuerdo?

Wimi asintió vivamente. Un momento después cerraban la puerta y salían al largo corredor, débilmente iluminado con la amarillenta luz de las lámparas que lucían en los altos techos.

Sigilosamente, descendieron a la planta baja y caminaron junto al muro, fundidas en la penumbra.

Descendieron una escalera muy ancha de diez peldaños y llegaron - al amplio patio de la fortaleza. Las estrellas del firmamento arrojaban sobre la superficie de Hootland una luz muy tenue, pero suficiente para captar los relieves de las cosas una vez habituada la visión a la oscuridad.

Tras detenerse un momento para escuchar, prosiguieron el camino en dirección a la rampa que llevaba a los subterráneos. Descendieron con cuidado, palpando los ásperos muros de piedra hasta que sus manos tocaron una superficie lisa, metálica, fría.

—Ya estamos —susurró la doctora Durham. Y oprimió el brazo de

Wimi para infundirle ánimos.

Encendió la linterna y la blanca luz iluminó el pequeño cuadro insertado en el marco de la sólida puerta de seguridad.

Vieron un pequeño teclado semejante al de una calculadora de bolsillo, con diez dígitos. A la derecha, había un resalte rectangular que parecía un pequeño piloto. En la parte superior se veía la placa perforada de un micrófono.

Las dos mujeres se miraron un instante. Luego, Vanessa comenzó a marcar con toda concentración los grupos de tres cifras: 222…444…666…B88.

Al pulsar la primera tecla el piloto de la derecha se encendió, iluminando tenuemente el teclado, por lo que la doctora Durham apagó su linterna.

En seguida sonó un apagado clic seguido de un leve zumbido: el micrófono aguardaba. Tras una corta indecisión, Vanessa acercó sus labios al micro y pronunció clara y lentamente.

—Ocho-Ocho-Ocho… Seis-Seis-Seis… Cuatro-Cuatro-Cuatro… Dos-Dos-Dos.

Instantáneamente se produjo un sonido metálico dentro de la hoja de acero y el piloto se apagó.

Vanessa apoyó sus manos en la puerta y empujó. La hoja se abrió hacia dentro sin un chirrido.

—Entremos —animó a Wimi.

Tímidamente, la joven pasó tras ella. La doctora Durham había encendido la ¡interna y su fuerte chorro iluminó el segundo tramo de la rampa.

—¿La puerta? —susurró Wimi.

Vanessa la empujó con decisión y giró el volante que servía para cerrar interiormente.

En aquel momento oyeron un alarido ululante que provenía de las profundidades.

Wimi se detuvo, paralizada. Y hubiera chillado de pánico si Vanessa no se hubiera apresurado a tapar sus labios con una mano.

En medio de la densa oscuridad —la doctora Durham había apagado su linterna— se repitió aquel trémolo escalofriante que surgía de algún lugar próximo.

Wimi temblaba violentamente, abrazada a su amiga.

—¡Volvamos, por lo que más quieras, Vanessa! —suplicó—. ¡Me siento... aterrada!

Vanessa oprimió sus manos con vigor.

—¿Huir ahora, cuando estamos a un paso de desvelar el secreto de Dybenko? —respondió en un susurro—. Serénate. No corremos ningún peligro. ¿Ves? Las puertas de esas estancias están cerradas. Avancemos.

A la luz de la linterna, Vanessa se adelantó unos pasos y Wimi se apresuró a seguirla. Habían descendido a un largo y angosto corredor, a cuya derecha se alineaban media docena de puertas metálicas herméticamente cerradas con gruesos cerrojos.

Vanessa se detuvo ante la primera puerta y tras unos segundos de indecisión, descorrió la ventanilla metálica que servía de mirilla. Alzó la linterna e iluminó el lóbrego interior. Luego atisbo a través de la ventanilla protegida con barrotes metálicos.

—¿Qué? —susurró Wimi.

—Nada. Esta estancia está vacía —respondió la doctora Durham.

En aquel momento se produjo un rumor. El ruido provenía de la mazmorra siguiente. Se diría que unas fuertes zarpas arañasen interiormente la puerta de acero.

Las dos mujeres se trasladaron allá sigilosamente y Vanessa atisbo a través de Ia mirilla.

Un gruñido feroz la obligó a separarse de un salto. Unos dedos peludos terminados en fuertes uñas aparecieron a través de los barrotes de la mirilla.

Wimi exhaló un gritito y retrocedió hasta el muro.

—Parecen antropoides —susurró Vanessa a su oído—. ¿Por qué los habrán encerrado ahí?

Alzó la linterna e introdujo el chorro luminoso a través de la

ventanilla. Echó un rápido vistazo dentro y vislumbró una masa de colosales cuerpos peludos que se apelotonaban al fondo de la estancia.

Aquellos animales parecían asustados por la brillante luz de la linterna. Eran enormes: de una estatura muy superior a la media humana, pero mucho más proporcionados que los antropoides que Vanessa recordaba de Phaz-Krinoll. Aunque en sus facciones se reflejaba un temor animal, sus ojos tenían un brillo inteligente.

Dominando a duras penas su propia aprensión por la proximidad de aquellas criaturas peludas, Ia doctora Durham se esforzó en contarlos. No era fácil, pues se movían continuamente, tratando de proteger sus ojos del cegador rayo de luz, pero finalmente Vanessa estableció su número en once individuos.

Inspeccionaron el resto de las estancias subterráneas. Según pudieron comprobar, estaban vacías. Al fondo del pasillo, se hallaba el almacén de víveres y la pieza donde Dybenko guardaba la central de telecomunicación.

—¡Si pudiera comunicarme con el Consejo Rector de la Federación! —susurró Vanessa, esperanzada.

Pero cuando se acercaron a aquella puerta, comprobó decepcionada que el acceso a las instalaciones estaba asegurado por un mecanismo electrónico de combinación, semejante al de! acceso de la rampa: imposible utilizar Ia central para comunicarse con Phaz-Krinoll.

Chasqueada, estaba dispuesta a proponer a Wimi que salieran de allí, cuando ésta llamó su atención con un siseo apagado.

—¡Aquí, aquí!

Se encontraba junto a la última mazmorra del largo corredor subterráneo.

—¿Qué ocurre?

—Hay alguien ahí dentro. Un prisionero —respondió su amiga.

Vanessa la miró con asombro. Ella había atisbado el interior de todas las celdas y había hallado vacía aquella que Wimi señalaba perentoriamente.

—Parece... uno de nosotros —añadió Wimi.

La doctora Durham apoyó la linterna en los barrotes de la ventanilla y dirigió el chorro luminoso al interior.

Pasmada de asombro, descubrió la silueta humana que se hallaba al fondo de la celda, protegidos sus ojos por ambas manos.

Era un cíclope, un hombretón de dos metros de estatura, de anchísimos hombros y prodigiosa musculatura.

A la primera ojeada, también Vanessa imaginó que se trata de uno de sus compañeros, encerrado allí por orden de Georgiu Dybenko. Pero una más minuciosa observación la convenció de su error.

Aquel individuo era distinto. Aparte de su prodigioso físico, su piel era bronceada, sus cabellos negros y largos le caían sobre los hombros y estaba prácticamente desnudo.: a excepción de un sucinto taparrabos de cuero, según pudo apreciar Vanessa, calzaba unas rústicas botas de piel flexible sujetas con largas cintas de cuero arrolladas a sus musculosas y largas piernas.

—¿Quién es usted? —preguntó inconscientemente.

Apartó la luz de los ojos del titán y entonces pudo ver mejor su rostro. Era muy atractivo.

Vanessa vio una frente despejada, unas cejas rectas, nariz larga y bien formada, ojos que destellaban con un fulgor amarillento, boca de labios anchos y gruesos y una mandíbula formidable.

—¡Abrir, abrir! —dijo aquel individuo inesperadamente.

Y avanzó unos pasos hasta quedar enhiesto en medio de la mazmorra.

—Pero ¿quién es usted, qué hace aquí? —insistió la doctora Durham, íntimamente sorprendida.

—Kroontax, yo Kroontax —respondió el coloso, golpeándose el hercúleo torso con ambas manos abiertas—. ¡Abrir, abrir! Yo salir de aquí.

El asombro de Vanessa creció de punto.

Kroontax. ¿De dónde provenía aquel gigante de atractiva apariencia y descomunales músculos?

Súbitamente se produjo la revelación: Kroontax no podía ser sino un indígena, uno de aquellos hombres de Hootland que habían buscado exhaustivamente hasta entonces, sin éxito.

Tragó saliva, miró a la expectante Wimi, y volvió a dedicar su atención al hombre encerrado.

—¿Fue Dybenko quien te trajo aquí, Kroontax? —preguntó.

Un relámpago de furia destelló en los ojos dorados del cíclope.

—¡Sí Dybenko, sí hombre de cabellos en la cara! —respondió muy excitado—, ¡Tú, abrir! —repitió, obsesionado.

—Espera. Quiero saber algunas cosas que me intrigan. ¿Cómo es que tú sabes hablar nuestra lengua? —inquirió.

Kroontax gruñó algo entre dientes.

—John Kavi enseñar. Kavi, amigo —respondió al cabo.

¡John Kavi!

Según podía recordar, Kavi era uno de los integrantes de la primera misión que explorara el planeta Hootland. Aventurero, hombre famoso en toda Ia Confederación de Phaz-Krinoll, John Kavi había sido dado por muerto o desaparecido varios años atrás.

Y ahora aquel aborigen llamado Kroontax aseguraba que Kavi le había enseñado su lengua... ¡Increíble!

CAPITULO VI

Decididamente, Vanessa descorrió el grueso cerrojo y empujó la hoja de acero.

En cuanto lo advirtió, Kroontax se precipitó fuera. La suya fue una actitud tan rápida y belicosa, que Vanessa y su compañera retrocedieron asustadas.

Kroontax se detuvo en medio del corredor, tensos los prodigiosos

músculos, dispuesto a embestir ciegamente.

Pero al comprobar que en el pasillo sólo estaban las dos mujeres, se tranquilizó. Miró fijamente a Wimi y la doctora Durham y una leve sonrisa distendió sus labios.

—Kroontax no atacar. Kroontax escapar —advirtió, como si quisiera llevar la confianza a las dos impresionadas mujeres.

Las aletas de su nariz se dilataron y su formidable tórax se hinchó. Se diría que olfateaba el aire tratando de orientarse o como si buscara algo a su alrededor.

Luego, de repente, corrió pasillo adelante y se detuvo ante la celda en la que Dybenko había encerrado a los antropoides.

Vanessa y Wimi le vieron forcejear, hinchar sus músculos, empujar. Sin duda, trataba de abrir la puerta, aunque su torpeza era evidente.

—¡Espera! —exclamó la doctora Durham. Y corrió hacia él—. ¿Qué vas a hacer?

Kroontax agitó gallardamente la larga cabellera.

—Yo liberar wapamasis. Ellos amigos —respondió el nativo. Y volvió a forcejear con la puerta de acero.

Vanessa le sujetó por un brazo. Bajo sus dedos, los músculos del hombre tenían una dureza increíble.

—Pero ¡no puedes hacer eso, Kroontax! Son animales salvajes, peligrosos —exclamó, temerosa.

Kroontax le dirigió una extraña e intensa mirada. Parecía ofendido, furioso.

—Wapamasis no animales —respondió, excitado—. Wapamasis personas como tú, como yo. Son... son... —se golpeó impaciente el pecho—... ¿cómo decir John Kavi? ¡Trogloditas!

—¡Trogloditas! —repitió Vanessa como un eco.

—Sí. Wapamasis amigos leales. Dybenko y hombres escalar montaña Tchor-Wanaií, matar mujeres, hombres, niños, apresar wapamasis y traer aquí —relató el hercúleo indígena.

—¿Y tú? —inquirió la doctora Durham—. ¿Cómo viniste a parar

aquí?

—Dybenko y hombres apresar Kroontax cuando yo venir a Tcharanx para liberar wapamasis. Yo, Kroontax, permitir hombres hacer prisionero mí para liberar amigos wapamasis. Hombre de cabellos en el rostro, encerrar aquí Kroontax. Yo no poder salir, pero tú abrir puerta y yo...

Al otro lado de la hoja de acero, alguien golpeaba con fuerza y arañaba el metal. Kroontax volvió a dedicar su atención a su infructuoso trabajo de descorrer el cerrojo, trabado en un saliente metálico de la puerta.

—Espera. Yo abriré —dijo Vanessa, impetuosamente.

Era una locura, pero no se detuvo a reflexionar. Elevó el brazo del cerrojo y lo descorrió de un tirón. Kroontax empujó la puerta con ciego ímpetu y penetró dentro.

Oyeron unos gruñidos quedos, un frotar de cuerpos en las sombras. Luego Kroontax emergió de las tinieblas, rodeado por el grupo de los colosales wapamasis, los cuales murmuraban algo en un lenguaje sincopado y gutural, al tiempo que se apiñaban prietamente a su alrededor y oprimían las manos, los brazos y los hombros de Kroontax como si pretendieran demostrarle su reconocimiento por haberles liberado.

Vanessa contemplaba estupefacta a aquellos gigantes peludos. Ahora que podía examinarlos de cerca, comprendía que se trataba de verdaderos hombres primitivos, completamente desnudos, y piel cubierta de un pelaje pardo corto y brillante. Unicamente carecían de vello en el rostro, cuyas facciones podían compararse con el prototipo del hombre de Neanderthal.

En aquel momento, Vanessa se planteó cómo Dybenko, que era antropólogo, no había llegado a la deducción de que los wapamasis eran criaturas inteligentes, aunque primitivas. El espeso vello corporal no era sino el resultado de su adaptación a su vida de cavernícolas y el único signo que podría diferenciarlos del conocido ",homo sapiens.

Mientras pensaba en esto, Kroontax se libró de los peludos brazos que le acariciaban y se plantó ante la doctora Durham.

—Yo escapar con wapamasis. ¿Tú guiar? —preguntó el hombre de Hootland.

Vanessa se mordió los labios.

No era muy prudente atraerse las iras de Georgiu Dybenko, pero a aquellas alturas comprendió que no podía volverse atrás. Ni lo deseaba.

Quedaba demostrada la crueldad de Dybenko tras el hallazgo de sus prisioneros. Lo justo era conseguir que aquellas criaturas fueran libres y volviesen a su entorno. Por lo demás, en lo más profundo de su corazón se sentía sorprendida y satisfecha tras el descubrimiento de que en Hootland existían verdaderos seres humanos.

—Sí, estoy dispuesta a ayudarte, cueste lo que cueste —respondió —. No creo que sea difícil abrir el gran portalón metálico de acceso. Sin embargo, me pregunto cómo conseguiréis poneros fuera del alcance de Dybenko..El posee rápidos vehículos capaces de trasladarse a largas distancias y podría alcanzaros antes de que vosotros estuvieseis a salvo.

Pero Kroontax no sentía tal temor, a juzgar por la sonrisa que entreabría sus labios.

—Tú no preocupar —dijo—. Kroontax tener muchos amigos.

—¿Dónde iréis, cuando salgáis de aquí? —preguntó con cierta ansiedad.

—Kroontax acompañar amigos wapamasis hasta gran montaña Tchor-Wanaií. Luego regresar a Ingathamayour.

—¿Qué es Ingathamayour? —preguntó Vanessa, curiosa.

—Gran ciudad del valle. Yo vivir allí. Mucho maravilloso, casas altas —respondió elevando expresivamente una mano por encima de su cabeza—, calles largas, mucha gente. Todos contentos.

—¿John Kavi... vive allí, en Ingathamayour? —preguntó de repente.

—Sí. John Kavi hombre justo, prudente. Otros... ladrones, asesinos. Todos morir... —relató Kroontax. Pero de pronto la impaciencia le obligó a tomar a Vanessa por un brazo y a arrastrarla pasillo adelante —. Ahora, escapar, escapar.

El tropel formado por los wapamasis les siguió a la carrera. Detrás, una indecisa Wimi Shandaranaike caminaba en pos de ellos a cierta

distancia.

Hizo girar Vanessa el volante del sistema de anclaje de la puerta de seguridad y tiró de ella con fuerza. Al aspirar el fresco aire nocturno, las chatas narices de los wapamasis se dilataron con gran excitación, adivinando quizá que su libertad estaba próxima.

Sigilosamente, Vanessa tiró hacia sí de la ancha puerta de acero e hizo funcionar el mecanismo electrónico del cierre.

Luego cruzaron el patio y alcanzaron la gran bóveda del acceso principal.

—He ahí la puerta de entrada —señaló la doctora Durham el alto portón metálico—. Esperadme aquí. Echaré una ojeada para asegurarme de que no existe peligro y abriré. Después podréis marchar libremente.

Pero Kroontax no parecía estar de acuerdo.

—No puerta —exclamó—. Tú guiar arriba. ¡Arriba!

—¿Cómo? ¿Queréis descolgaros por las murallas, cuando la fuga es fácil a través de esa puerta? —exclamó, desconcertada.

Pero el gigante de la larga cabellera seguía insistiendo:

—¡Arriba, arriba!

Los trogloditas daban muestras de impaciencia, por lo que la doctora Durham se apresuró a guiarles a lo largo de un corredor que terminaba en una tosca escalera de caracol.

Subieron atropelladamente, jadeando, tropezando y empujándose como una manada de búfalos salvajes.

Al fin llegaron arriba. Vanessa se asomó, temerosa, al precipicio.

—Es temerario —dijo a Kroontax—, La noche es oscura y vosotros no disponéis de cuerdas lo suficientemente sólidas para descolgaros. Insisto en que deberíais…

Pero Kroontax no la escuchaba. Erguido junto a los bloques ciclópeos toscamente labrados, parecía esforzarse en penetrar las tinieblas con sus ojos amarillentos que tenían una misteriosa fosforescencia en la oscuridad.

Pero ¿qué estaba haciendo? Se llevaba ambas manos a la boca y producía un silbido quedo, pero penetrante.

¿A quién llamaba?

Las manos del titán se posaron en su cintura suavemente y Vanessa sintió la mirada de Kroontax posadas en sus ojos.

—¿Tú venir? —susurró.

La doctora Durham se estremeció.

—No temer. Kroontax proteger —insistió el hercúleo individuo.

Vanessa dirigió una mirada a Wimi, que contemplaba la escena a cierta distancia.

—¿Irme, marchar con vosotros? —murmuró, nerviosa—. ¡No, no puedo, Kroontax! Te lo agradezco, te lo agradezco de veras, pero no puedo.

—Dybenko... ¡Dybenko ser peligroso, ser...! —se esforzó Kroontax en explicar sus temores a la doctora Durham.

—Lo sé, Dybenko es un individuo sin escrúpulos. Pero no puedo abandonar a mis camaradas. Mi deber es permanecer aquí —respondió en un susurro.

Hubo un destello dorado en los ojos del hombre, que seguía abrazándola por la cintura.

Luego en las alturas se produjo un extraño rumor como si unas alas poderosas' batieran el aire.

Kroontax soltó bruscamente a la doctora Durham y dirigió su mirada a lo alto.

—¿No venir? —insistió una vez más el musculoso atleta.

Vanessa se separó de él, asustada.

No era Kroontax quien le producía aquel temor, sino el rumor que provenía de lo alto.

Wimi exhaló un gritito de terror y retrocedió.

Paralizada por el asombro y el terror, Vanessa vio descender

aquellas confusas siluetas que se cernían en el aire y se posaban en la muralla, desplazando poderosamente el aire a su alrededor.

Luego vio cómo los wapamasis escalaban las ciclópeas almenas y se fundían con las confusas siluetas aladas.

También Kroontax saltó ágilmente al pretil y desapareció.

Se oyó nuevamente el batir de alas y todos desaparecieron tragados por las tinieblas.

Vanessa permaneció inmóvil un instante, la mirada perdida en la espesa oscuridad. Luego se aproximó a Wimi, tomó sus yertas manos y descendió con ella escalera abajo.

CAPITULO VII

Kailah, una de las jóvenes ayudantes de laboratorio, penetró vertiginosamente en la estancia en la que trabajaban la doctora Durham y la analista Shandaranaike.

Se detuvo jadeante y miró a Vanessa fijamente, pálidas las facciones.

—¿Qué te ocurre, Kailah? —preguntó la doctora—. ¡Estás temblando, criatura! ¿Qué es lo que has visto, que tanto te ha

impresionado?

Kailah movió los labios, ahogándose.

—¡Han... han detenido a Alex Hillman y le están torturando! —respondió la joven, atragantándose.

Vanessa y Wimi intercambiaron una mirada de alarmado asombro.

Luego la doctora se volvió hacia Kailah.

—¿Dices que...?

—¡Es horrible! Le han desnudado completamente y los sicarios de

Dybenko se están divirtiendo con él. He visto como ese canalla dibujaba la palabra «traidor» con su cuchillo en el pecho de Alex, que se retorcía de dolor con el cuerpo chorreando sangre. ¡Van a matarle!

Vanessa sé retorció desesperadamente las manos.

La gravedad de la situación la abrumó por un momento. Evidentemente, Dybenko y los suyos habían descubierto la fuga de Kroontax y los wapamasis e inmediatamente habían pensado en Alex Hillman como colaborador de los fugitivos.

—¿Le están interrogando? —preguntó a Kailah, procurando mantener un mínimo de seguridad.

—Sí. Dybenko quiere que Alex confiese que fue él quien manipuló en el mecanismo electrónico de la cerradura —asintió la joven—. Yo misma le he oído gritar: «¡De acuerdo! Confieso que abrí esa puerta y liberé a los prisioneros. Y ahora os lo ruego, ¡matadme!»

La angustia de Wimi y Vanessa fue en aumento al escuchar estas palabras.

En lo más profundo de su corazón, Vanessa sintió una gran admiración hacia Alex Hillman, que estaba resistiendo valientemente la tortura sin confesar la verdad, la entera verdad.

Sin embargo, la doctora Durham suponía que el tormento acabaría con la admirable resistencia de Hillman y que éste acabaría revelando que si había manipulado el mecanismo de la puerta del sótano, lo había hecho a requerimiento de Wimi y la doctora Durham. Y entonces…

El pánico se apoderó de ella. Sin embargo, aún consiguió disimular ante Kailah, a la que ordenó que se marchara con el fin de poder hablar a solas con Wimi.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —susurró ésta, en cuanto Kailah salió.

Vanessa apretó las mandíbulas con decisión.

—No hay más que una solución: iré ante Dybenko y confesaré que fui yo quien le incitó a averiguar la combinación de esa cerradura. Mentiré si es preciso, declararé que obligué a Alex con cualquier disculpa. Tal vez pueda salvarle aún —dijo.

Wimi se abrazó a ella nerviosamente.

—¡No, te lo ruego, no hagas eso! —sollozó.

—Debo hacerlo, Wimi. Es mi deber. Fui yo, locamente, quien os complicó a los dos en esta loca aventura. No es justo que paguéis por mí —respondió Vanessa, angustiada—. Si Alex termina confesando… ¡No quiero pensar en las represalias que Dybenko tomaría contra ti!

Wimi se mordió los labios, temerosa. Conocía a Dybenko y sabía lo suficiente acerca de su crueldad como para no abrigar la menor esperanza en el caso de que Alex Hillman acabase cediendo ante las infrahumanas torturas a las que le estaban sometiendo los secuaces del déspota.

A pesar de lo cual, insistió:

—Pero escúchame, Vanessa: si te presentas a Dybenko y te declaras responsable, ese individuo no tendrá piedad de ti —invocó—. Se me ocurre algo mejor: ¡Huyamos!

Vanessa irguió el mentón con decisión.

—¿Huir, dejar a Hillman a merced de esos canallas? ¡Nunca me lo perdonaría! —exclamó fogosamente.

—¿Crees que Dybenko soltaría a Alex porque tú cargases con la responsabilidad? ¡No! Dybenko sabe que nuestro pobre amigo nos facilitó la entrada a los sótanos y tu confesión sólo serviría para que el déspota descargara sus iras sobre otras dos víctimas —trató de convencerla Wimi Shandaranaike.

Vanessa oprimió con ternura las manos de la joven.

—No temas por ti, amiga mía. ¡Por nada del mundo pronunciaría tu nombre! —protestó.

—¡No sabes lo que dices! Cuando sintieras desgarradas tus carnes, cuando los hombres de Dybenko te ultrajaran salvajemente, cuando sintieras el dolor desgarrando tus entrañas, Dybenko obtendría de tus labios la confesión que desease oír. ¡Te lo ruego, Vanessa: huyamos ahora que aún tenemos tiempo!

Se separó de ella y corrió hacia el ventanuco que dominaba el acceso a la fortaleza de Tcharanx.

Los cinco vehículos que Dybenko utilizaba para desplazarse en sus correrías estaban alineados al otro lado del arco labrado en la dura roca.

—¡Ven, mira! —la llamó Wimi. Y Vanessa corrió a la ventana, miró a través de los cristales y comprendió.

En breves segundos, Wimi se despojó de su bata de laboratorio y obligó a la doctora Durham a hacer otro tanto. Seguidamente empujó a su amiga hacia la puerta y ambas se deslizaron escalera abajo.

Se detuvieron en ¡os últimos peldaños y espiaron los alrededores. El patio estaba desierto, por lo que se escurrieron silenciosamente a lo largo del corredor y alcanzaron la salida.

Cruzaban el puente cuando escucharon aquel estridente y desgarrador alarido. Se detuvieron un momento, lívidas de espanto.

—¡Alex, es él! —murmuró Vanessa, volviéndose.

Pero Wimi la tomó de una mano y tiró de ella con todas sus fuerzas.

—¡No te detengas, por lo que más quieras! —exclamó—. Ahora, cada segundo cuenta, si queremos escapar a las garras de Dybenko.

Y siguió arrastrándola con fuerza, pendiente abajo hasta que alcanzaron la hilera de vehículos estacionados en mitad de camino.

—¡Vamos, vamos, sube!

Vanessa ascendió a la cabina del primer vehículo y Wimi subió en pos de ella.

—¡Espera, se me ocurre una idea! —exclamó la animosa Wimi, brillantes los ojos de pura excitación.

—¿Qué te propones? —preguntó la doctora Durham, alarmada.

Pero Wimi, que había empuñado una pesada y brillante herramienta en su mano derecha, no respondió. Por el contrario, saltó a tierra y desapareció.

Desde su puesto en la cabina del primer vehículo, Vanessa escuchó el estrépito.

Wimi volvió tres minutos después, jadeante y arreboladas las

juveniles facciones.

—¡Ya está! —exclamó al tiempo que saltaba a la cabina.

—Ya está, ¿qué?

—Acabo de destrozar a golpes los instrumentos de control de los restantes vehículos —declaró orgullosa—. Dybenko y su grupo perderán varias horas antes de que los vehículos estén reparados. ¡Esa es la ventaja que les llevaremos!

Decididamente, se situó en el puesto del conductor, movió una palanca y el vehículo sobre orugas se puso en marcha, alejándose de Tcharanx.

Durante dos horas, Wimi condujo a toda velocidad en dirección al Sur.

El vehículo avanzaba sobre las rodadas que habían dejado sobre el terreno las diversas expediciones anteriores, de forma que los perseguidores no pudieron establecer claramente la dirección seguida por las fugitivas.

—Porque nos perseguirán, eso es seguro —comentó Wimi—. Tanto si Alex confiesa como si se deja arrancar el pellejo antes de denunciarnos.

De los labios de la doctora Durham se escapó un sollozo incontrolado.

—¡Pobre Alex! —gimió—. He sido una loca: jamás debí emprender la fuga. Es como si… como si le hubiéramos traicionado.

—¡No digas eso! Sólo hay un responsable: Dybenko y su loca ambición —la consoló su amiga—. No pensemos en ello. Ahora… bastante tenemos con esforzarnos en poner distancia entre Dybenko y nosotras. Indudablemente, acabarán descubriendo la falta de uno de los vehículos. Dybenko enloquecerá de furia al comprobar que alguien ha destrozado cuatro de sus vehículos.

—¿Cuál será su reacción? —respondió Vanessa—. Probablemente, ordenará a sus gorilas que reúnan a todos los expedicionarios en el patio de armas. A partir de ahí, le resultará fácil adivinar que faltamos tú y yo. Y comprenderá…

—Para entonces, tú y yo estaremos a muchos kilómetros de

distancia. Echa una ojeada atrás. Vanessa. ¿Qué es lo que ves?

—Un botiquín de urgencia, unas cajas de provisiones y dos fusiles —observó la doctora—. También hay unos contenedores de combustible sólido y algunas herramientas.

—¡Dos fusiles-láser! —repitió Wimi—. Si Dybenko se pone a nuestro alcance, no dudaré un momento en disparar contra él.

Callaron.

Habían descendido de las estribaciones de la abrupta montaña y se acercaban a la dilatada pradera salpicada de frondosos arbustos. Una manada de graciosos antílopes saltó a la sabana por encima de una masa verdosa. Los animales se detuvieron. Erguidas las defensas, contemplaron con curiosidad el vehículo que se acercaba. Después, un macho berreó con fuerza y la manada entera se alejó a través de los arbustos y desapareció.

Poco a poco, la doctora Durham se fue calmando. A su alrededor todo era calma y exuberante verdor. El paisaje era tan sereno e idílico que Vanessa sintió que su congoja interior iba desapareciendo lentamente.

Verdaderamente, Hootland era un paraíso. ¿Por qué un individuo como Georgiu Dybenko se esforzaba en alterar la paz, en crear la inquietud y extender el terror?

—Es la locura —decidió para sí—. Dybenko es un demente. ¿Por qué, si no, nos ocultó la existencia de seres humanos en este planeta? Precisamente nuestra principal misión, aparte de la colonización en sí, era comprobar de una vez si Hootland estaba habitado por criaturas inteligentes. Dybenko encontró a los wapamasis y, probablemente, a otras tribus de seres humanos, pero nos ocultó su descubrimiento hipócritamente. ¿Por qué lo hizo?

Vanessa no podía entender la razón de que Dybenko hubiera encerrado a los wapamasis en las oscuras mazmorras del sótano. ¿Era puro sadismo… o la conducta de Dybenko obedecía a otras motivaciones?

Fuera como fuese, para la doctora Durham estaba claro que Wimi y ella jamás podrían volver a la fortaleza de Tcharanx. El hecho de haberse convertido en perseguidas dentro de su propia continuidad llevaba la amargura a la doctora Durham, pero el instinto de conservación era más poderoso que la nostalgia que invadía su ánimo

en aquellos momentos.

—Sobrevivir es lo único que interesa —se dijo, esforzándose en alejar de sí la desesperación.

Mientras pensaba en todo esto, Wimi conducía el vehículo hábilmente, consiguiendo que las orugas pisasen justamente las rodadas anteriores.

Hacia mediodía, Wimi detuvo la máquina en la cima de la colina. Pasó a la zona de carga y encontró unos prismáticos. de largo alcance.

—Echemos un vistazo —propuso.

Bajaron y Wimi oteó a través de los prismáticos con ansiedad. Luego tendió el aparato a su compañera.

La fortaleza de Tcharanx y las quebradas alturas sobre las que se asentaban habían quedado tan atrás que ni incluso a través de las potentes lentes y prismas era ya visible. Cuidadosamente, Vanessa siguió la ruta con los prismáticos hasta donde alcanzaban, pero no pudo vislumbrar rastro de sus perseguidores.

Dejó escapar un suspiro profundo, que alivió su tensión interior.

—¿Sabes una cosa? —sonrió a Wimi—. A pesar de todo, me siento hambrienta.

También Wimi rió. Subieron al vehículo y buscaron entre las cajas de provisiones. Hallaron viandas abundantes y comieron y bebieron con excelente apetito, sentadas sobre las rocas que cubrían las alturas de la colina.

De cuando en cuando, tomaban los prismáticos y observaban con prevención las estribaciones de la distante montaña en la que se asentaba Tcharanx.

Estaban dando fin al almuerzo, cuando Vanessa —que miraba en ese momento a través de los prismáticos— dejó escapar una exclamación contenida.

—¡Allí están! ¡Descienden de Tcharanx a toda velocidad!

Wimi le arrebató el aparato de las manos y miró con ansiedad. En efecto, aunque la distancia era considerable, captó la nube de polvo amarillento que la hilera de vehículos iban dejando tras sí al

descender de la montaña.

Un espasmo de terror las agitó.

—¡Vamos! —exclamó Ia doctora Durham, recogiendo apresuradamente los residuos de la comida—, ¡Alejémonos cuanto antes!

Subieron al vehículo sobre orugas y lo pusieron en marcha, traspusieron la colina y descendieron apresuradamente a un valle herboso,

—¿Nos habrán visto? —exclamó Vanessa, preocupada.

Wimi se encogió de hombros.

—Es posible —respondió—. Ellos también disponen de potentes prismáticos en sus máquinas de transporte. Pero ¿qué importa? Dybenko jamás nos cogerá... vivas.

Vanessa se alteró al escuchar aquellas palabras. ¿Qué podía ser, sino la desesperación, lo que impulsaba a su compañera a expresarse así?

Siguieron todavía las rodadas durante un rato, hasta que alcanzaron un páramo árido y pedregoso como un desierto. Al llegar allí, la huella se perdía prácticamente sobre las calcinadas rocas, por lo que Wimi se vio obligada a escoger el camino que le dictó su albedrío.

—Tanto mejor —gruñó—. De esta forma, a Dybenko le será imposible seguir nuestro rastro.

La única obsesión de las dos mujeres era avanzar hacia el sur, sin alterar la orientación. El Sur, allá donde Kroontax había afirmado que se encontraba la gran ciudad de Ingathamayour.

¿Habría dicho la verdad el atractivo y atlético salvaje? Una gran ciudad de altos edificios, una metrópolis populosa. ¿No resultaba cuando menos dudoso que en Hootland existiera una ciudad de tales características, cuando anteriores generaciones de exploradores y cosmonautas jamás habían conseguido un hallazgo semejante?

De todas formas, y de una forma inconsciente, la doctora Durham intuía que su salvación se encontraba hacia el Sur.

Repentinamente, el vehículo se paró en seco.

—¿Por qué te detienes ahora? —preguntó la doctora Durham, estupefacta.

—No he sido yo, sino este cacharro —respondió Wimi, fastidiada —, Supongo que se le ha terminado el combustible. Tendremos que cambiar el recipiente de combustible sólido.

Saltó a tierra, abrió atrás y tomó uno de los depósitos, que insertó rápidamente en el alojamiento del generador de energía. Sin embargo, cuando volvió a la cabina y trató de poner el vehículo en marcha, la máquina permaneció silenciosa.

Insistió una y otra vez, pero sin resultado. Finalmente, furiosa, golpeó con su pequeño puño el panel de los aparatos de control.

—¡Maldita sea, esto no funciona! Debe haberse averiado —masculló.

Como ninguna de las dos poseía los conocimientos suficientes acerca de aquellas máquinas sobre orugas, el panorama no era muy alentador.

—Tendremos que abandonar el vehículo —se lamentó Wimi.

—¿A qué esperamos entonces? —se decidió la doctora Durham—, Recojamos suficientes provisiones y continuemos a pie.

Tomaron unas bolsas con alimentos, dos grandes depósitos de agua y los fusiles-láser. Una vez cargadas con aquel pesado equipo, abandonaron el vehículo y se alejaron.

El paisaje era desolador. Una sucesión de pedregosas colinas cubiertas de matojos espinosos era todo lo que abarcaba su vista. En la lejanía, se erguían —difuminados por la neblina azulada— unos altísimos farallones a modo de torres, ¿Eran aquéllas las cumbres de Tchor-Wanaií, las montañas donde vivían los wapamasis?

Siguieron caminando a través de la reseca vegetación salpicada de espesos matorrales.

Era mediodía y el aire ardiente resecaba sus bocas y sus fosas nasales. Sudaban y jadeaban y su paso se iba tornando más y más lente y cansino.

Hicieron un alto para reponer fuerzas. Fatigada, Vanessa dejó vagar su mirada por el espejeante panorama desértico. Los farallones de Tchor-Wanaií —si verdaderamente se trataba de aquellas montañas— se hallaban aún demasiado lejanos para alcanzarlos en lo que restaba de jornada.

En el silencio profundo, se oyeron rodar unas piedrecillas. Vanessa se volvió bruscamente y sus facciones se tornaron lívidas de espanto.

En lo alto de una pedriza situada a unos ochenta metros de distancia, unos cuerpos sinuosos se movían entre las rocas.

—¡Reptiles! —exclamó Vanessa en un susurro—, ¡Varanos gigantes del desierto!

CAPITULO VIII

Wimi dejó escapar un gritito de espanto cuando uno de los descomunales reptiles comenzó a descender pausadamente del roquedal.

Incapaz de reaccionar, paralizada por el miedo, observó al gigantesco varano. Era un animal de unos seis metros de longitud, enorme cabezota y cuerpo grueso, panzudo. El varano se había detenido en la loma, a unos sesenta metros de distancia, erguida la cabeza, fijos los vidriosos ojos en las dos mujeres. Su lengua cilíndrica se movía constantemente analizando el olor del aire y su arrugado papo se hinchaba y deshinchaba al compás de la respiración.

El animal parecía indeciso. Detrás de él, otros seis varanos adultos comenzaban a descender con lentitud, moviendo rítmicamente sus rechonchos vientres. En la quietud de la tarde, incluso podía percibirse su ronco y acompasado jadeo.

Vanessa había oído algunos relatos relacionados con los monstruosos varanos de Hootland. Según se decía, aquellos reptiles eran carniceros, animales voraces capaces de devorar grandes cuadrúpedos, como antílopes e incluso búfalos de las praderas. Cuando los reptiles caían sobre la presa, nada quedaba de sus víctimas, pues sus poderosas mandíbulas y las dobles hileras de

dientes podían pulverizar incluso los más duros huesos.

Lentamente, la doctora Durham descolgó el fusil-láser que llevaba en bandolera.

Jamás había utilizado una de aquellas armas, pero sabía cómo utilizarlas. Así que alzó muy despacio el fusil y apuntó al varano que las observaba desde la loma.

No pensaba disparar, a menos que el repugnante reptil se aproximara peligrosamente. Pero los varanos que descendían del pedregal seguían avanzando en hilera, contoneando desagradablemente sus pesados cuerpos. Una piedra de regular tamaño cayó rodando por la pendiente y aquel movimiento fue suficiente para que el corpulento varano que se había adelantado volviera a ponerse en marcha.

Wimi retrocedió espantada y cayó rodando. Los matorrales desgarraron su ceñido pantalón de campaña y los espinos arañaron sus piernas.

Sobresaltada, Vanessa apuntó atolondradamente y disparó. Erró el disparo y el finísimo y mortífero rayo golpeó una roca y una llamarada prendió en el abundante pasto seco.

Los varanos se detuvieron, azotaron el aire con sus largas lenguas cilíndricas y retrocedieron desordenadamente en dirección a su guarida del peñascal.

Desatados sus nervios, la doctora Durham volvió a disparar varias veces. El rayo alcanzó a uno de los reptiles, que quedó achicharrado sobre las rocas. Pero los sucesivos disparos prendieron fuego a los matorrales en distintos puntos. Pronto, el acre aroma del humo se expandió en el aire y obligó a toser secamente a Vanessa.

Dejó el fusil sobre la roca en que habían descendido y fue a ayudar a Wimi que había quedado atrapada en un matorral espinoso y lanzaba chillidos de dolor y espanto.

Los espinos hirieron también las manos.de la doctora Durham, pero al fin Wimi quedó liberada, aunque su espalda y sus brazos sangraban, acribillados de profundos y dolorosos pinchazos.

—Vamos, no es nada --trató de animarla la doctora Durham al oír sus gemidos—. Más tarde te curaré las heridas. Ahora es preciso escapar de aquí cuanto antes.

Cuando recogieron la impedimenta, el fuego formaba un ancho frente que les impedía la huida hacia el sur.

Las grandes llamaradas hacían crepitar sonoramente los arbustos y el calor era insoportable.

Corrían con todas sus fuerzas, pero la carga que transportaban las rindió en seguida. Wimi dejó caer al suelo su mochila y su fusil y se volvió a mirar.

La barrera de fuego se extendía en forma semicircular y avanzaba vorazmente hacia el norte.

Wimi se dejó caer al suelo, desfallecida.

—¡Es inútil, Vanessa! —gimió con voz desgarrada—, ¡No lograremos escapar! El fuego nos empuja precisamente hacia el norte, es decir: hacia Dybenko. Si no morimos abrasadas, caeremos en las garras de esos individuos.

La doctora Durham jadeó con fuerza. Por un momento, estuvo a punto de darse por vencida y dejarse caer, derrengada, junto a su compañera. Pero en seguida se irguió, hinchó el pecho del aire ardiente que provenía del sur, se agachó y elevó a su compañera de un fuerte tirón.

—Si te quedas ahí, hallarás una muerte terrible, asada viva. Todavía hay esperanzas... ¡Mira allá! Corramos hacia ese promontorio. Es una elevación árida, carente de vegetación y las llamas no llegarán hasta allá. ¡Vamos!

Cogió la mochila de Wimi y la obligó a cargar con ella. Luego se inclinó para tomar el fusil y empujó a su amiga con fuerza en dirección a la elevación rocosa que se hallaba a unos ciento cincuenta metros de distancia.

Cuando alcanzaron el roqueda!, las llamas rugían a sus pies y todo cuanto abarcaba su vista se había convertido en un insoportable brasero. El humo, espeso, velaba los confines del paisaje y se introducía en sus narices, acre e irrespirable.

Con toda decisión, Vanessa arrancó un pedazo de tela de sus ropas y se tapó boca y nariz con una ancha tira. Después obligó a Wimi a hacer otro tanto.

Pocos minutos después, la muralla de fuego rodeaba

completamente aquel bastión pétreo.

La visión de aquel mar de fuego era impresionante. El viento soplaba ahora con fuerza expandiendo el incendio y las rocas entre las que se guarecían se habían calentado tanto que su contacto quemaba.

Hecha un ovillo a los pies de la doctora Durham, Wimi Shandaranaike sollozaba quedamente, cubierto el rostro por las manos.

—Calma, calma —trató de tranquilizarla la doctora—. El fuego consumirá en breves minutos la maleza y se alejará hacia el norte. Quizá haya sido mejor así: el grupo de Dybenko se verá obligado a retroceder. ¡Quién sabe si perecerán envueltos entre las llamas...!

Estas palabras animaron un tanto a Wimi, que se incorporó un poco y miró por encima de las rocas el infierno rojo y humeante que se expandía por doquier.

Vanessa tosió secamente. A pesar del pedazo de tela que protegía su rostro, el humo penetraba en sus vías respiratorias y la asfixiaba. Notó, sobresaltada, que sus propios cabellos quemaban al contacto de las manos y que su ritmo cardíaco había subido hasta ciento cuarenta pulsaciones por minuto.

El humo había congestionado y enrojecido sus ojos, de forma que lagrimeaba abundantemente y apenas podía mantener los párpados alzados.

—Sería estúpido morir aquí —reflexionó, entristecida—. Atrapada entre las rocas como sabandijas.

El frente de altas llamas superaba en aquellos momentos el promontorio, pero detrás quedaba un extenso brasero incandescente, imposible de franquear por el momento. Por lo demás, el humo que brotaba de los restos semicarbonizados era tan denso que bastaría para asfixiar a las dos mujeres.

Wimi tornó a sollozar quedamente.

Vanessa se inclinó sobre ella y la palpó.

—¡Estás empapada en sudor! —susurró, asustada. Pues los vestidos de su compañera chorreaban literalmente.

Abrió el depósito del agua y lo acercó a los labios de Wimi, pero el

líquido había alcanzado tan alta temperatura que su compañera rehusó beber. De todas formas, Vanessa empapó en agua un pedazo de tela y lo aplicó sobre los cabellos y el rostro de Wimi. Después hizo otro tanto consigo misma.

Todavía estaba empapando sus cabellos, cuando descubrió aquellos puntitos en las alturas.

«¡Buitres!», pensó, asustada.

Allá en lo alto, media docena de siluetas aladas describían pausados círculos sobre su? cabezas

Debía tratarse de descomunales aves carroñeras a juzgar por las dimensiones de sus alas, pero decididamente no eran los buitres que la doctora Durham conocía.

A partir de aquel momento, una nueva preocupación vino a sumarse a la amenaza del fuego y la persecución de Dybenko y sus cómplices, pues aquellos pajarracos parecían vigilarlas desde las alturas con aviesas intenciones.

Entre tanto, el frente abrasador del incendio se había alejado hacia el norte una treintena de metros. Alrededor del promontorio, el suelo quedaba ennegrecido y humeante y el aire continuaba siendo irrespirable.

Sin embargo, el sol —desaparecido tras las espesas masas de humo — tornó a aparecer, ya en el ocaso.

Bebió un poco de aquel agua caliente, temiendo que la sequedad ambiental y el sudor terminasen deshidratándola, pero aquel brebaje estuvo a punto de hacerla vomitar.

Fue en aquel momento cuando escuchó el fuerte batir de alas. Dejó caer el depósito del agua y miró hacia arriba, aterrada.

¡Las siluetas aladas se abatían vertiginosamente sobre el refugio del promontorio!

Zarandeó a Wimi por un brazo, trató de agarrar su fusil-láser, pero uno de los pajarracos se abatió en aquel instante sobre ella y el fusil se escapó de entre sus dedos.

Unas garras fuertes, poderosas, la aferraron por ambos brazos. Fue inútil que se debatiera con todas sus fuerzas, porque en seguida se

sintió arrastrada e izada en el aire.

Instintivamente, Vanessa cerró los ojos, paralizada de espanto.

Aunque la angustia y el miedo la embargaban, se llamó a sí mismo estúpida por haberse dejado sorprender por las bestias carroñe-ras. Teniendo el fusil al alcance de la mano, le hubiera sido fácil abatir a los pajarracos si se hubiera mantenido sobre aviso. De todas formas, ¿cómo sospechar que las bestias aladas iban a atacarlas... si aún estaban vivas?

Se sintió elevada en el aire raudamente y finalmente se vio forzada a abrir los ojos.

Allá abajo sobrevolaban el promontorio varias de aquellas descomunales aves. Una de ellas se abatió en aquel momento sobre Wimi, que permanecía indefensa entre las rocas, el rostro aún tapado con las manos.

Vanessa hubiera querido gritarle, previniéndola, pero aunque se esforzó en ello, el pánico le impidió exhalar el menor sonido.

Vio, pues, cómo las grandes alas se agitaban sobre las rocas y el animal caía sobre su infeliz compañera.

Un instante después, la bestia se elevaba pesadamente sobre el campo en llamas y remontaba el vuelo pausadamente, flanqueada por cuatro de sus congéneres, que se habían mantenido planeando en las proximidades a la expectativa.

«Es el final», pensó Vanessa, dominada por el espanto.

Pero advirtió que las garras que la sujetaban por los hombros y las axilas no la herían, sino que simplemente la aferraban con vigor.

Giró la cabeza y aunque temía contemplar a la bestia que la había arrebatado del roquedal, miró hacia arriba.

Inmediatamente experimentó una sensación de intensa repugnancia. Sus ojos contemplaban un cuerpo delgado, cubierto de un fino pelo corto de color marrón. No pudo ver la cabeza de la bestia, pero en seguida intuyó que no se trataba de un ave, sino de un mamífero, pues sus alas membranosas carecían de plumas.

Este descubrimiento, lejos de tranquilizarla, la aterrorizó aún más.

«No es un buitre, sino un gigantesco quiróptero. Probablemente, un vampiro descomunal», pensó.

Pero giró el cuello a la izquierda y miró la zarpa que la sujetaba. No se trataba de una garra, sino de una mano semejante a la de un hombre, aunque de dedos más largos, fuertes y velludos, terminados en fuertes uñas aguzadas.

Entretanto, las restantes bestias habían elevado su vuelo y se aproximaban a aquella que transportaba a la doctora Durham.

El sol acababa de ponerse y las tinieblas caían rápidamente sobre Hootland. De modo que apenas pudo distinguir las siluetas de aquellos repugnantes animales voladores.

Sí pudo columbrar la mancha blanca del cuerpo de Wimi, que pendía de las zarpas de uno de los gigantescos quirópteros. Wimi debía haberse desmayado tras ser atacada por aquella bestia, pues su cabeza pendía inerte del cuello.

Atrás quedaba la mancha rojiza del incendio. El aire era ahora fresco y puro, perfectamente respirable, reconfortante.

Pero en su fuero interno, la doctora Durham hubiera preferido morir asfixiada por el humo allá abajo.

—¿Qué es lo que nos espera, sino ser sacrificadas por estas repugnantes bestias voladoras? —reflexionó, dominada por el pánico.

En un reflejo instintivo, Vanessa se encogió sobre sí misma y trató de soltarse de las garras que la sujetaban, pero aquellos dedos velludos terminados en uñas cilíndricas siguieron aferrándola con fuerza.

Y además, ¿de qué valdría soltarse? La bandada de bestias voladoras había alcanzado una altura de más de trescientos metros sobre el nivel del suelo. Desasirse de aquellas zarpas significaba morir estrellada contra el suelo…

CAPITULO IX

Vertiginosamente, las bestias aladas se abatieron sobre el macizo farallón rocoso. Aunque el sol se había puesto ya y la luz diurna decrecía rápidamente, Vanessa pudo ver aún las numerosas oquedades que se abrían en alta cornisa vertical.

Oía, por encima de ella, el rumor del viento deslizándose bajo las anchas alas membranosas. Los quirópteros planeaban poderosamente en las penumbras y parecían dirigirse en derechura hacia la boca de una gran caverna.

«¡Debe ser su madriguera! —pensó Vanessa, espeluznada—. ¡Y cuando lleguemos allí...!»

No quería plantearse lo que iba a ocurrir dentro de unos instantes. Porque era evidente que las bestias voladoras frenaban ya su planeo y recogían las alas para posarse en el saliente rocoso que la doctora veía acercarse vertiginosamente.

Luego sucedió un furioso agitar de alas y... Vanessa rodó suavemente sobre el sólido piso pétreo de la caverna.

Inmediatamente, se incorporó y retrocedió, erizados los cabellos y dispuesta a defenderse a mordiscos, a zarpazos, a golpes, como fuera antes de...

Una sombra se dibujó a contraluz sobre la ancha boca de la caverna y Wimi rodó a sus pies, inerte.

Una por una, las bestias fueron posándose en la plataforma de gran caverna. Erguidas, aquellas repelentes criaturas mostraban unas siluetas humanoides, después de plegar las alas membranosas.

Lentamente, Vanessa palpó el suelo a su alrededor. Y de repente, sus dedos aferraron un objeto duro, de unos cuarenta centímetros de longitud. Era un hueso de grandes proporciones, según coligió al palparlo.

A falta de un arma más contundente, cualquier cosa era buena para defenderse. Y cuando dos de aquellas siluetas se acercaron, Vanessa exhaló un agudo chillido y saltó hacia adelante como una posesa, esgrimiendo en alto el pesado hueso.

Alguien sujetó férreamente su muñeca. Con tanta dureza, que la rudimentaria arma se escurrió entre sus dedos.

Dentro de las profundidades de la gruta brilló un resplandor

anaranjado. A la luz de una antorcha, Vanessa vislumbró las vigorosas y peludas siluetas.

—¡Wapamasis! —exclamó sin poder contenerse.

Un suspiro de alivio brotó de entre sus labios.

Evidentemente, aquellas criaturas entropoides que surgían del fondo de la caverna eran idénticas a las que ella misma había liberado junto con el soberbio Kroontax. ¡Si pudiera expresarse, comunicarles que Wimi y ella eran amigas, gentes de las que nada tenían que temer los impresionantes trogloditas...!

El hombre que la sujetaba por la muñeca la soltó. Era un individuo de dos metros y medio de estatura, de ancha espalda y formidable musculatura, que la observaba con intenso estupor.

—Yo... Wimi —Vanessa señaló el cuerpo exánime de sus compañeras—. Amigas de Kroontax —murmuró con torpeza y haciendo vivos ademanes con las manos, en un intento desesperado de hacerse comprender.

El wapamasi respondió con un gruñido, sin dejar de contemplarla con gran admiración .

En aquel momento, Wimi se removía en el suelo. Dejó escapar un leve gemido, apartó de su rostro el trapo que aún lo cubría y abrió los ojos. Inmediatamente, un estridente alarido brotó de su garganta. Fue un chillido tan formidable, que el tropel de wapamasis e incluso las siluetas distantes de las bestias aladas retrocedieron asustados.

Vanessa se arrastró hacia su compañera y trató de tranquilizarla.

—Por lo que más quieras, contrólate, Wimi. No chilles, domínate. Estamos en una gran caverna, rodeadas de extrañas criaturas. Creo que éstos son wapamasis. No puedo distinguirlos entre sí, por eso me resulta imposible reconocer a alguno de los que liberamos en Tcharanx. Pero si lográramos hacerles comprender que nosotras liberamos a Kroontax y a un grupo de sus congéneres, tal vez aún tendríamos esperanzas. Sosiégate, Wimi'. Lo más importante es que aún seguimos con vida. Lo demás...

No se atrevía a contemplar a los componentes de la hierática asamblea. Detrás de los varones wapamasis, asomaban sus cabezas otras criaturas que debían ser sus mujeres, a juzgar por las colgantes mamas pectorales. Algunos individuos más jóvenes contemplaban a

las dos mujeres con los redondos ojos rojizos brillantes de pura curiosidad.

Pero lo que más inquietaba a la doctora Durham era la presencia de los quirópteros gigantes, tapados ahora por el corro de los curiosos wapamasis.

Abrazada a Wimi, que temblaba perceptiblemente, se preguntó por qué las repugnantes bestias voladoras las habrían traído a presencia del grupo de trogloditas que los rodeaba a la luz de la tea encendida.

Ya se disponía nuevamente a hacerse comprender por el gigantesco individuo que la había detenido cuando trató desesperadamente de defenderse de los quirópteros, cuando se produjo un vivo movimiento entre los wapamasis.

El grupo de curiosos se abrió y alguien se aproximó a la entrada ir de la cueva.

—¡Kroontax! —exclamó Vanessa, al reconocer al prisionero de Tcharanx. Y se incorporó vivamente y corrió a la desesperada hacia el hombre que había liberado la noche anterior.

Unos brazos musculosos la tomaron por la cintura y la sujetaron con firmeza.

—¡Kroontax, oh, Kroontax! —gimió la doctora, rotos los nervios—. ¡No puedes imaginar cuán vivamente deseaba tu presencia!

Sollozó sin poderlo evitar sobre el ancho pecho del titán. Se le doblaban las piernas, rota bruscamente la tensión que hasta aquel momento la había mantenido a la defensiva. Pero el hercúleo individuo la sujetó sin esfuerzo entre sus brazos.

—¡He pasado tanto miedo! Esas repugnantes criaturas voladoras nos arrebataron del suelo y temimos que…

—¿Temer? Fui yo, Kroontax, quien ordenó a mis amigos wapamasis que los hombres voladores os salvasen, ¿tú comprender? Kroontax temer por ti y vigilar desde las montañas wapamasis. Tú y ella no temer ahora. Seguras aquí —afirmó el titán.

Vanessa se volvió bruscamente hacia la entrada de la caverna. Era ya noche cerrada y las siluetas de los quirópteros se fundían con las tinieblas.

—¿Hombres voladores? —exclamó, estupefacta—. ¿Quieres decir que esas... criaturas son... seres como tú y como yo?

Kroontax distendió los labios en una leve sonrisa. Separándose de Vanessa, que seguía aferrada al hombre como si le fuese la vida en ello, tornó la antorcha de manos del wapamasi que la sostenía y se abrió paso entre el tropel hacia la entrada de la caverna.

A la luz temblorosa de la tea, la doctora Durham contempló asombrada e incrédula a las criaturas que había tomado por simples bestias voladoras.

Eran seres altos y delgados, de figura claramente humana, aunque sus brazos, largos y delgados, venían a conformar la sustentación de finísimas membranas plegables que iban desde los hombros hasta la parte lateral de sus piernas, muy largas y delgadas también, aunque de clara conformación humana. La cabeza de aquellos seres, a los que la doctora Durham dio inmediatamente el nombre de *quirántropos*, era redonda, afilada hacia las fauces, nariz achatada y orejas puntiagudas replegadas hacia atrás. Carecían de manos propiamente dichas y los pies estaban formados por largos y fuertes dedos prensiles. Todo su cuerpo estaba cubierto de un corto y brillante pelaje marrón —semejante al de los wapamasis—. A Vanessa le sorprendió sobre todo el anchísimo y desarrollado tórax y los anchos y fornidos hombros de aquellos extraños «hombres voladores», como los había llamado Kroontax.

—Pero, ¿son verdaderos hombres? —insistió Vanessa, no muy convencida todavía.

Desde el suelo, Wimi contemplaba la escena con los ojos desorbitados.

—Sí, *takanisis* ser hombres, criaturas inteligentes. Ellos... ellos —Kroontax se agitó impaciente, tratando sin duda de hallar un vocablo que explicara gráficamente sus ideas—. Ellos... ¡evolucionar! Antes, pradera infestada de grandes fieras. Devorar muchos takanisis que, entonces, no tener alas, no volar, ¿tú comprendes? Luego... evolucionar para huir de los grandes carniceros. Takanisis desarrollar largos brazos, su piel dorsal convertirse en ancha... membrana y... ¡volar! Huir lejos del alcance de sus depredadores. Takanisis ser aliados de los wapamasis. También amigos míos. Ellos no devorar mujeres. Sólo comer frutas.

Vanessa seguía contemplando maravillada a los raros quirántropos.

«¿Y por qué no? —se dijo a sí misma—. Muchos animales han evolucionado a lo largo de milenios para adaptarse a las condiciones ambientales. ¿Por qué ha de resultar más extraordinario un hombre volador que un insecto que adopta ¡a forma de una hoja o de una rama? ¡Simple instinto de conservación!»

En su interior, Vanessa se sentía dominada por el agradecimiento. Quería dirigir a los takanisis unas palabras de reconocimiento, pero suponía que aquellos hombres voladores probablemente no la entenderían. Además, Vanessa se sentía un poco grotesca y violenta, por lo que se limitó a susurrar al oído de Kroontax:

—¿Crees que pueden entenderte? Si es así, diles que mi compañera y yo jamás olvidaremos que ellos nos salvaron de morir abrasadas. ¿Querrás hacerlo, Kroontax?

El hombre de Hootland asintió. Dirigiéndose a los quirántropos, pronunció unas rápidas palabras en su idioma, al tiempo que señalaba con vivos ademanes a la doctora Durham y a su ayudante.-

Los takanisis movieron la cabeza, muy complacidos, y respondieron con una corta serie de gruñidos, que Kroontax se apresuró a traducir.

—Dicen que están orgullosos de haber ayudado a la hermosa diosa rubia y a su compañera —pronunció.

—¿Diosa? ¿Yo? —respondió la doctora Durham, estupefacta.

—Desde las alturas, los takanisis ver cómo tú matar monstruo del roquedal con un sólo rayo de fuego. Para ellos, todo lo extraño e incomprensible ser prodigio. Por eso llamarte «diosa rubia» —explicó Kroontax.

Los quirántropos rubricaron las palabras de Kroontax con agudos gruñidos de júbilo.

Detrás de ellos, Wimi se quejó y Vanessa corrió en su auxilio. La ayudó a incorporarse y la llevó junto a Kroontax.

—Mi amiga está herida y ha perdido alguna sangre. ¿Cómo podríamos curarla? —dijo la doctora Durham—, Por desgracia, hemos perdido el botiquín de urgencia.

—¿Botiquín? —murmuró Kroontax, sin entender.

—Medicamentos, útiles para curar heridas —le explicó Vanessa. Al

escuchar lo cual, Kroontax asintió vivamente y separándose de ellas, habló con el más alto de los wapamasis, que debía ser el jefe de aquel grupo de trogloditas.

Llevaron a Wimi hacia el fondo de la gruta, allá donde la cavidad se hacía mucho más amplia y alta de techo. En varias concavidades de los muros ardían fogatas en las que estaban asándose enormes pedazos de carne. La mayor parte del humo se evacuaba a través de una tronera, a pesar de lo cual una neblina azulada flotaba estática a la altura de sus cabezas. Pero a Vanessa por esta vez no le molestó en absoluto aquella atmósfera cargada que tornaba las siluetas confusas. Ahora sentía próxima la presencia de Kroontax y se sabía a salvo.

Unas mujeres trajeron un cuenco de barro cocido envuelto en finas pieles. Dentro de la vasija, Vanessa halló un ungüento grasien1-to y maloliente que la obligó a fruncir la nariz.

—¿Qué es esto? —preguntó a Kroontax.

—Medicina —respondió éste—. Tú aplicar heridas de Wimi. Pronto tu compañera estar sana.

Aunque a regañadientes, Vanessa hizo lo que el hombre le aconsejaba. Wimi se sentía inquieta, sabiéndose contemplada con avidez por aquellos salvajes, pero finalmente accedió a que Vanessa desnudara su espalda y curara sus llagas.

El maloliente mejunje debía poseer raras virtudes curativas, pues un rato después Wimi se sentía muy reconfortada e incluso se mostró agradecida cuando Kroontax puso en sus manos un gran pedazo de carne humeante y jugosa.

Comieron con gran fruición, pues se encontraban exhaustas y hambrientas tras la larga y tensa jornada qué había iniciado aquella mañana en Tcharanx.

Los takanisis habían desaparecido y los wapamasis se retiraron y formaron grupos, disponiéndose a descansar alrededor de las fogatas, que permanecerían toda la noche encendidas, pues la temperatura descendía excesivamente en aquellas alturas durante las horas nocturnas.

Kroontax se alejó, mientras las dos mujeres comían, y volvió con un brazado de pieles, que extendió sobre el suelo, muy cerca de la hoguera.

—Ahora, dormir —dijo—. Mañana yo llevar a Ingathamayour.

Vanessa ayudó a Wimi a tenderse sobre las cálidas y suaves pieles de animales salvajes. Una vez la hubo arropado convenientemente, se volvió hacia el hombre, que aguardaba en pie a unos pasos de distancia, y dijo:

—Debo advertirte, Kroontax: Dybenko nos persigue. Si ese déspota llega a saber que tú nos has protegido, tus gentes pueden ser objeto de represalias. Ya conoces la crueldad de Dybenko. Será preciso que tomes toda clase de precauciones.

Pero Kroontax sonrió.

—Tú no preocupar, diosa rubia. Ahora conocer a Dybenko y estar todos prevenidos. Si intentar atacarnos, morirá. Yo seguro —respondió.

Y mostrando el suelo cubierto de pieles a la doctora Durham, se tendió junto al fuego, dándole la espalda.

Vanessa aún aguardó un rato, pensativa. Al cabo, se introdujo bajo las pieles entre Wimi y el hombre y se durmió. Al lado de Kroontax, se sentía sólidamente protegida.

CAPITULO X

Esta vez, el trayecto aéreo constituyó un verdadero viaje de placer.

Kroontax las había despertado al salir el sol. Wimi se sentía muy mejorada y accedió a viajar hacia Ingathamayour en compañía de Vanessa y el impresionante Kroontax.

Consumieron un frugal refrigerio a base de carne fiambre y se dispusieron a partir. La doctora Durham suponía que emprenderían la marcha a pie, pero Kroontax la sacó de su error: según él, caminar hasta Ingathamayour supondría no menos de cinco o seis jornadas.

—¿Por qué perder el tiempo? —arguyó el hercúleo hombre de Hootland—. Tenemos a nuestros amigos los takanisis. Ellos nos llevarán a Ingathamayour en unas pocas horas.

Vanessa sintió una rara excitación. ¿Dejarse llevar de nuevo a través de los aires por los raros quirántropos?

Wimi se mostró temerosa. Pero cuando Kroontax le explicó que los tres realizarían el vuelo sujetos a unos sólidos arneses, la compañera de la doctora Durham accedió al fin.

Poco antes de emprender el vuelo, se despidieron del grupo de trogloditas wapamasis. Hasta aquel momento, Vanessa suponía que los únicos trogloditas de Tchor-Wanaií eran aquel grupo de wapamasis que se guarecían en la gran caverna. Pero cuando sólidamente sujetos a los quirántropos por arneses de cuero saltaron al vacío, contempló asombrada a la gran multitud que se agolpaba en las cornisas rocosas. ¡Miles de wapamasis, asomados a las entradas de sus cavernas, presenciaba ávidamente la partida de Kroontax, Vanessa y Wimi!

Pronto, el grupo compuesto por diez hombres voladores y los pasajeros que transportaban se alejó raudamente de las altísimas cornisas verticales de Tchor-Wanaií.

El sol comenzaba ya a calentar la superficie de Hootland y corrientes ascendentes de aire caliente elevaron fácilmente a la bandada de quirántropos. Flanqueados por los siete takanisis que les servían de escolta y apoyo, el grupo se dirigió planeando hacia un paso en las montañas.

Muy cerca de ella, apenas a quince metros de distancia, Wimi exhalaba grititos alborozados. ¡Y pensar que el día anterior se había desmayado de pavor al ver descender a los quirántropos...!

Vanessa misma creía estar soñando. A su derecha, veía a Kroontax, colgando gallardamente del arnés que le sujetaba a su nave humana. Kroontax, muy familiarizado al parecer con aquel tipo de transporte, se inclinaba hacia adelante para oponer menos resistencia al aire y facilitar el impresionante planeo del takanisis que le llevaba. Vanessa le imitó y el quirántropo que la llevaba a través del aire prorrumpió en una serie de alegres gruñidos muy agudos.

La verdad era que si al principio se había dejado sujetar por Kroontax a los arneses con cierta prevención, ahora se dejaba llevar a través del aire diáfano, encantada de experimentar aquella fuerte emoción.

El recuerdo súbito de Dybenko y sus sabuesos humanos ensombreció su semblante. Por fortuna, los hombres que las habían

perseguido el día anterior no contaban con aeronaves, lo que suponía un respiro.

Desde el principio, Dybenko se había quejado públicamente de la decisión de la Confederación de Phaz-Krinoll de no entregarle otros vehículos que aquellos carros sobre orugas de que disponía en Tcharanx. Vehículos terrestres, simplemente, cuando Dybenko ansiaba poseer poderosas aeronaves con las que trasladarse en corto tiempo de un extremo a otro del gran planeta, en su ansia por conocerlo y explorarlo todo cuanto antes.

Pero Vanessa conocía Ia filosofía del Consejo de la Confederación. Su deseo era que los hombres y mujeres que habrían de colonizar Hootland se integraran profundamente en el planeta, ateniéndose a sus condiciones de vida. Pretendían que los colonos trabajasen duramente, sin facilidades, de forma que consiguieran dominar su entorno, imponerse a las dificultades y llegar a amar la nueva tierra donde habrían de vivir para siempre. Un grupo de grandes aeronaves les hubieran facilitado tanto las cosas, que necesariamente los colonos acabarían por convertirse en personas desidiosas e indolentes.

Por supuesto, que los colonos contaban con maquinaria y materiales suficientes para construir ingenios voladores. Pero debería ser una obra estrictamente creativa, desde los bocetos y planos hasta la concreta fabricación de todas las partes. Y todo esto suponía un esfuerzo muy considerable. Vanessa sabía que Dybenko había intentado desde el principio construir dos aeronaves de reconocimiento. Contaba con dos ingenieros muy capacitados para alcanzar este objetivo. Pero Dybenko se convirtió rápidamente en un ser despótico e intransigente, por lo que el personal técnico le hizo el boicot y el proyecto de construcción de aeronaves quedó postergado.

«Por fortuna para nosotros —pensó Vanessa—. Pues si Dybenko hubiera dispuesto de ingenios voladores, probablemente a esta hora ya no existiríamos.»

En aquel momento, la bandada de quirántropos traspuso unos erizados riscos y descendió majestuosamente sobre un profundo valle. Un río caudaloso corría tumultuosamente allá abajo, deslizándose a través de intrincados bosques de altísimos árboles frondosos.

«¡Es maravilloso!», pensó Vanessa, extasiada ante el esplendente panorama vital que contemplaban sus asombrados ojos.

Una pregunta acudió súbita a su mente. ¿Quién era realmente

Kroontax, aquel impresionante personaje de prodigiosos músculos y atractiva apariencia física?

Ciertamente, su aspecto era semejante al de los hombres de Phaz-Krinoll, aunque la estatura de Kroontax los superaba con mucho y su apostura viril no tenía comparación incluso con los más destacados individuos que habitaban la fortaleza de Tcharanx.

Kroontax, a pesar de su salvaje y elemental apariencia, de sus sucintas vestiduras, tenía una apariencia digna y plena de majestad.

¿Era acaso un príncipe, un líder, un caudillo?

—Yo diría que posee autoridad —reflexionó Vanessa, contemplándose de reojo—. Los feroces wapamasis le veneran como a un dios y los exóticos hombres voladores le obedecen como súbditos. Indudablemente, se trata de un individuo importante. Y valiente. Pues Kroontax se dejó prender por Dybenko con el único fin de liberar a sus aliados trogloditas.

Íntimamente, Vanessa ardía en deseos de arribar a Ingathamayour. «Una gran ciudad, construida por altos edificios y atravesada por espaciosas calles», había descrito el propio Kroontax.

Pero, ¿cómo era posible? Por lo que sabía, los seres inteligentes que habitaban Hootland, aparte de no ser muy numerosos, se hallaban en un nivel de desarrollo técnico muy elemental. Aunque todos no eran tan primitivos y hoscos como los wapamasis takanisis, su sentido social no iba mucho más allá de la tribu. Según tenía entendido, la etnia a la que pertenecía Kroontax eran casi exclusivamente cazadores. ¿Cómo, entonces, unos seres tan rústicos podrían construir una gran ciudad como Ingathamayour?

Los takanisis sobrevolaban el valle siguiendo la dirección del caudaloso río. A medida que avanzaban hacia el suroeste, el valle se iba haciendo más ancho y a los densos bosques inextricables sucedían las praderas, pobladas de antílopes y de una raza de colosales caballos salvajes peludos y de un raro color gris.

A la derecha, las crestas de una altísima cordillera se veían cubiertas de nieve y más allá aún se divisaba una interminable zona desértica. En el confín del horizonte brillaba una lámina plateada que debería corresponder al Océano.

De repente, uno de los quirántropos exhaló una especie de chillido y la bandada viró a la izquierda y penetró en un estrecho valle en

forma de U. Tras media hora más de vuelo, Kroontax gritó:

—¡Ingathamayour!

Y señaló con un brazo extendido hacia adelante.

Allá abajo, en lo más profundo del valle, casi ocultas por la densa jungla, se veían emerger unas torres esbeltas. Pero cuando los quirántropos descendieron y se aproximaron aún más, la doctora Durham no pudo reprimir su admiración al contemplar en toda su extensión la maravillosa ciudad celosamente rodeada y parcialmente oculta por la selva.

Sus ojos detallaban, incrédulos, las bellas torres que terminaban en minaretes, las brillantes cúpulas forradas de baldosines, las largas y rectas calles y las plazas geométricamente diseñadas.

Según descendían de las alturas, pudo apreciar también que algunas de aquellas construcciones —verdaderos palacios— aparecían en. estado ruinoso, lamentable.

«¿Tan desidiosos serán los habitantes de Ingathamayour?», se preguntó para sí.

Los quirántropos descendieron planeando sobre la más elevada de todas aquellas construcciones, una a modo de alcazaba que dominaba la ciudad desde la ladera. Un instante más y los expedicionarios aterrizaron sobre una terraza.

Apresuradamente, Vanessa se libró de su arnés y se reunió con Kroontax y Wimi, la cual tenía el rostro arrebolado de pura excitación.

—¡Oh, Kroontax, Kroontax! —exclamó Vanessa, admirada—. Me habías hablado de una gran ciudad, pero lo que ven mis ojos supera todos mis cálculos... ¡Ingathamayour es sencillamente . fabulosa!

—Kroontax comprender vuestra sorpresa —respondió el hombre, sonriendo satisfecho—. Aquí, vosotras estar seguras.

Se separó de ellas y habló brevemente con los takanisis que les habían transportado hasta allí. Un momento después, los poderosos quirántropos desplegaban sus alas membranosas y se alzaban al vacío para reunirse con sus compañeros que aguardaban planeando en las alturas.

—Venid —dijo Kroontax—. Yo mostrar mi casa.

Le siguieron apresuradamente, descendieron una larga rampa y alcanzaron una bella escalera cuadrangular asentada sobre preciosos arcos apoyados en columnas. Atravesaron un gran patio en cuyo centro se encontraba un estanque poblado de nenúfares rosados y amarillos. Macizos de arbustos cargados de exóticas flores flanqueaban los caminillos enarenados. Según pudo advertir Vanessa, la frondosidad era excesiva y los setos no estaban cuidados, por lo que el lugar daba una sensación de vegetación exuberante y salvaje. De cualquier forma, se trataba de un rincón encantador, pleno de sosegada belleza.

Atravesaron el jardín y avanzaron a lo largo de un gran corredor. Los ojos de las dos mujeres contemplaban enormes estancias vacías, salones inmensos y extensos patios interiores en los que susurraban los hilos líquidos de los surtidores.

Penetraron en un gran salón, cuya bóveda era sostenida por centenares de airosas columnas que semejaban palmeras. El rico pavimento de losas tratan bruñido que las columnas se reflejaban en él como en un espejo.

—Es extraño —susurró Wimi a su oído—. Lo que ven mis ojos es el más hermoso de los palacios, pero no alcanzo a ver un solo mueble. Por lo demás, este lugar parece estar desierto.

Kroontax se dirigía a una gran puerta aderezada con herrajes dorados. La empujó e invitó a las mujeres a penetrar en la estancia que iba a mostrarles. Y allí dentro, ocupando un rincón de la habitación, hallaron a tres personas: dos mujeres y un hombre viejísimo de largas y plateadas barbas y ojillos dorados y perspicaces.

Una de las mujeres, la más gruesa, se aproximó a ellas.

—Esta ser Hophari, mi madre —presentó Kroontax—. Y aquélla, Synhana, la madre de mi madre. El anciano es el venerable Kastarawa, el padre de la madre de mi madre. Es toda mi familia.

Hophari, la madre de Kroontax, observó a las dos jóvenes con gran atención. Kroontax pronunció unas rápidas palabras en su idioma y Hophari sonrió y murmuró unas frases corteses que Kroontax se apresuró a traducir.

—Mi madre se siente muy honrada por vuestra presencia y quiere conocer vuestros nombres.

—Yo soy la doctora Vanessa Durham, y ésta es Wimi, mi ayudante.

Admirada, Hophari pronunció varias veces aquellos nombres, como si estuviera muy interesada en memorizarlos.

Luego, .a través de Kroontax, las invitó a instalarse en el palacio y se ofreció a traerles algo de comer y beber, pero Vanessa rehusó cortésmente el ágape, porque lo que deseaba era que Kroontax siguiera mostrándoles la prodigiosa ciudad de Ingathamayour.

—Venid conmigo —las invitó el hombre de Hootland—. Antes de seguir guiándoos a través de Ingathamayour, yo querer presentaros a alguien.

CAPITULO XI

El hombre se volvió bruscamente al oír el chirrido de la puerta. Se encontraba en un rincón de aquella. estancia en penumbras, la única en la que Vanessa pudo hallar algunos muebles, aunque muy rústicos y elementales.

Era un hombre de piel blanca, alto, delgado y encorvado. Sus cabellos, muy crecidos al igual que la barba, eran completamente blancos. Aquel individuo vestía una burda túnica de tejido basto de color grisáceo. Parecía asustado y sorprendido por la brusca irrupción en el aposento de Kroontax y las dos mujeres.

—¿Quién es? —se atrevió a preguntar la doctora Durham.

—¿Tú no conocer? —replicó Kroontax, estupefacto—. El ser John Kavi.

—¡Kavi! —exclamó Vanessa, admirada. Y añadió en voz baja—: Aún no comprendo cómo logró sobrevivir. Tú dijiste que todos sus camaradas fueron pasados a cuchillo.

—Sí. Mi padre, el gran Korgaan, ya fallecido, los condenó a muerte.

—Pero ¿por qué?

Kavi les vigilaba desde el fondo de la estancia. El fulgor de sus ojos

y sus rápidos y nerviosos ademanes, desvelaron a la doctora Durham la verdad; aquel hombre tenía perturbadas sus facultades mentales.

—Dime, Kroontax —insistió Vanessa, al comprobar que éste permanecía silencioso—, ¿Cuál fue el motivo de que tu padre decretara la condena a muerte de aquellos expedicionarios?

Pero Kroontax se dirigió en silencio a la puerta y con un gesto perentorio les ordenó que salieran. Tras cerrar la puerta, les condujo a un patio próximo y tomó asiento en los peldaños de una escalera, primorosamente labrados en mármol verde.

Las dos mujeres se sentaron junto a él y le interrogaron con las miradas.

—Ellos llegar a Ingathamayour y ser recibidos calurosamente por Korgaan y la población. Aunque Kavi y otros hombres venidos de las estrellas vivir en Tcharanx, a partir de aquel momento venir a instalarse en Ingathamayour. Ellos enseñar grandes secretos y saberes a mi pueblo, cosas útiles y eficaces, como la construcción de vehículos arrastrados por animales domesticados. Mi pueblo compensar con su hospitalidad y su lealtad. Durante un tiempo, los extranjeros vivieron en paz con nuestras gentes. Pero un día llegó a su conocimiento la existencia del santuario de Ikuara-Mahl o «Lugar de! Gran Misterio».

—¿«Lugar del Gran Misterio»? —pregunto Vanessa ávidamente—. ¿De qué se trata?

—Ser un recóndito santuario situado en las inaccesibles montañas de Kanah, atravesadas por peligrosos precipicios y pobladas por alimañas dañinas. Ikuara-Mahl ser el lugar de peregrinaciones para las gentes de nuestro pueblo, a las que John Kavi y los suyos llamaron los «Inteligentes».

—¿Y bien? ¿Qué ocurre allí? —preguntó Wimi, curiosa.

Kroontax adoptó una actitud grave.

—Es mejor no saber —repuso, hermético.

Naturalmente, aquella actitud aguijoneó aún más la ya intensa curiosidad de ambas mujeres.

—Pero, Kroontax —invocó la doctora Durham, impaciente—, tú acabas de decir que los enviados de Phaz-Krinoll conocieron la existencia del santuario de Ikuara-Mahl y nos has dado a entender

que ésa fue la causa de su perdición. No alcanzo a entender…

Kroontax hizo un gesto perentorio con su mano izquierda.

—Los extranjeros se dejaron llevar por la codicia, después de que Korgaan accediese a guiarlas hasta Ikuara-Mahl. El prohibir severamente que John Kavi y sus expedicionarios penetraran en el santuario bajo pena de muerte. Ellos simularon obedecer, pero más tarde…

—¿Qué? —inquirió vivamente la doctora Durham.

—Ellos volver, aprovechando que mi padre, Korgaan, caer gravemente enfermo —desveló Kroontax—, Los extranjeros no dudar en profanar el santuario, en el que nadie penetrar jamás con anterioridad, Ellos volver de Ikuara-Mahl cargados con raros objetos metálicos y piedras que relucían como las estrellas. Todos estar muy alegres, gritar desaforadamente toda la noche y emborracharse con el licor destilado de las raíces del *mazkatl*. Cuando Korgaan saber esto, se levantó del lecho donde yacía enfermo y rodeado por un nutrido grupo de valientes cazadores, cayó sobre los extranjeros, a todos los cuales ordenó degollar.

—Pero John Kavi sobrevivió… —sugirió Wimi.

—Sí. Korgaan le perdonó la vida a cambio de que devolviera al santuario los objetos sagrados que sus compañeros habían robado.

—Al parecer, tales objetos sagrados eran muy valiosos —intervino Vanessa—. Si estoy en lo cierto, ¿cómo es que Korgaan se fío precisamente de uno de los ladrones?

—Mi padre y los cazadores acompañaron a John Kavi hasta la puerta del santuario, de modo que se vio obligado a devolver lo robado. Penetrar en Ikuara-Mahl al atardecer y no salir hasta tres días más tarde. Mi padre y los cazadores que le acompañaban escucharon extrañas voces y horribles alaridos. Cuando John Kavi salió, sus cabellos se habían vuelto blancos. Parecer enfermo y loco, y murmurar continuamente algo entre dientes. Como prometer, mi padre perdonar su vida. Desde entonces vive aquí, en este palacio. Jamás sale de esa habitación, donde transcurrir su vida murmurando extrañas palabras que yo no entender.

—Es decir, ¿tú crees que Kavi enloqueció como consecuencia de su estancia en el santuario de Ikuara-Mahl? —quiso saber Wimi.

Kroontax asintió con una enérgica cabezada.

—Sí. El desafiar espíritus de los dioses que construyeron Ingathamayour, Los cuales residir en el santuario. Los dioses castigaron su osadía enviando los diablos a su mente. Algunas noches, John Kavi aullar como un macairodonte de las montañas de Kanah. Otras veces, parecer cuerdo e incluso hablar con Kroontax lúcidamente, pero pronto caer de nuevo en sus terribles delirios.

Vanessa se sentía sumamente atraída por aquel extraño relato. Tenía una pregunta en la punta de la lengua y no fue capaz de sustraerse a la tentación de formularla.

—Dime una cosa, Kroontax, ¿qué es lo que hay en el interior de ese misterioso santuario? —preguntó.

Kroontax movió la cabeza, dando señales de impaciencia.

—¡Nadie saber! Ninguno de nosotros entrar en el recinto sagrado —gruñó.

—Pero tú acabas de afirmar que esos dioses construyeron esta gran ciudad. Indudablemente, eran poderosos y sabios, puesto que fueron capaces de construir bellos edificios. Pero ¿de dónde procedían? —insistió Vanessa.

Instintivamente, el hombre dirigió su mirada al firmamento.

—Llegaron de las estrellas como vosotros. Eso es lo que me enseñó Kastarawa, el padre de la madre de mi madre —respondió Kroontax con sencillez. Y añadió, pensativo—: Todo eso ocurrir hace mucho tiempo, cuando nuestro pueblo, los «Inteligentes», habitaban en Tchor-Wanaií, como los wapamasis. Kastarawa asegurar que nosotros éramos tan primitivos como... ¿tú decir trogloditas? Como los trogloditas. Pero los dioses que reposan en Ikuara-Mahl nos enseñaron el fuego y a formar vasijas con barro, que endurecían al sol y cocían en hornos alimentados con leña. Los dioses construyeron Ingathamayour para su placer, pero después convencieron a mis antepasados de que debían trasladarse aquí. Así lo hicieron y los dioses se retiraron a Ikuara-Mahl, donde son venerados desde entonces por todos nosotros —relató.

De repente, Kroontax se alzó con brusquedad.

Y dijo:

—Yo no hablar más. ¡Yo tener hambre!

CAPITULO XII

La columna móvil formada por los cuatro vehículos sobre orugas atravesó la zona calcinada dejando tras sí una densa nube de polvo negruzco.

Tras avanzar durante largo rato a través del desolado paisaje, las máquinas rodantes se detuvieron finalmente al pie de un collado pedregoso.

Fue Burlaki, al gigantesco negro, el primero en saltar al suelo. Desconfiado, apretó el fusil en su mano derecha y echó a andar hacia las rocas, muy interesado en examinar algo que sobresalía de la fina capa de ceniza negra que cubría el suelo.

Luego, muy excitado, gritó:

—¡Eh, aquí, aquí!

Georgiu Dybenko se animó. De un empellón brutal, empujó la portezuela del vehículo y saltó fuera.

—¿Qué esperas? —gritó, malhumorado, a Vagai, que permanecía inmóvil tras los mandos—, ¡Baja!

Tuckerman, Galves y Morris descendieron también, pero Dybenko les ordenó que permanecieran vigilantes junto a las máquinas.

Mientras caminaba hacia el collado, Dybenko pensó:

«Ojalá se hayan abrasado esas dos malditas mujeres. Para mí supondría un ahorro de tiempo.»

Odiaba a muerte a Ia doctora Durham, sobre todo después de comprobar que Vanessa había estado a punto de hacer fracasar sus descabellados planes.

Caminaba a largos pasos, que Vagai —pequeño, delgado, simiesco — apenas podía seguir. Un momento después estaba junto a Burlaki,

que señaló obstinadamente el montón de huesos carbonizados que destacaban sobre las cenizas.

—¡Son ellas, señor; son sus esqueletos! —exclamó el negro, frenético—. ¡El fuego debió acorralarlas, después de que la humareda las asfixiara! ¡Sólo quedan sus huesos!

Dybenko se inclinó lentamente y examinó aquellos restos con atención. Luego, súbitamente, se irguió y fulminó a Burlaki de una mirada,

—¡Imbécil! —rugió—. ¡Son los restos carbonizados de un varano!

Tornó violentamente a su vehículo y ordenó a sus hombres que prosiguieran la búsqueda. Ia columna volvió a ponerse en marcha en dirección al sur.

«¡No importa! —pensó Dybenko, obsesionado—. Encontraré a esas mujeres, ¡las encontraré! Y entonces,,.»

Sus ojos oscuros fulguraban, febriles, y sus fuertes manos velludas apretaban rígidamente el fusil-láser. No descansaría, no sosegaría, no se permitiría el menor respiro hasta que...

Sonrió siniestramente. Pensaba en aquella extraña ciudad, Ingathamayour, y en el santuario de Ikuara-Mahl, que albergaba tesoros inconcebibles, y en todo Hootland, aquel inmenso planeta, un verdadero paraíso que, más pronto o más tarde, estaría a sus pies.

En las escasas horas del descanso nocturno, Dybenko se debatía en un sueño tenso y poblado de visiones. Se veía a sí mismo vestido de púrpura y coronado de oro, cubierto de gemas, de preciosas joyas y preseas. «¡Georgiu el Todopoderoso!» Porque ésa era la idea que había ido germinando lentamente en su loca mente: conseguir el poder absoluto sobre Hootland y todas sus criaturas.

Contaba con una gran baza a su favor: los del Consejo de Phaz-Krinoll los habían abandonado a sus fuerzas en Hootland. No intervendrían, no les visitarían, no les enviarían refuerzos ni ayuda de ninguna clase, pasara lo que pasara.

Y Dybenko lo había decidido: conquistaría todo Hootland para sí y finalmente se haría coronar Emperador. Esto llevaría cierto tiempo, pues antes debía construir máquinas poderosas y organizar una férrea defensa, pues a la larga pensaba alzarse contra la Confederación de Phaz-Krinoll.

La loca idea se había afianzado en su mente a partir del suceso que tuvo tiempo atrás, más allá de la barrera montañosa de Ingathamayour. Sucedió en medio de un valle poblado de altos árboles. Tan densa era la vegetación, que los vehículos se vieron obligados a ascender más de mil metros antes de encontrar un paso hacia el sur.

De repente, vieron correr al borde de la floresta a un ser que tenía apariencia humana y que parecía demostrar un gran temor. Burlaki, siempre salvaje y elemental, estuvo a punto de abatir a aquella criatura con un rayo láser. Por fortuna, Dybenko lo impidió, pues deseaba cazar vivo a aquel hombre, porque eso era.

El individuo aquel, que parecía un anciano a juzgar por su barba y cabellera blancas, fue acorralado en el bosque y capturado por fin, Cuando Dybenko lo tuvo a sus pies, parpadeó asombrado: el aspecto de aquel anciano era semejante al suyo mismo.

—¿Quién eres? —preguntó.

Su interlocutor alzó vivamente la mirada y chilló:

—¡Por fin, por fin voy a ser rescatado! Porque vosotros, indudablemente, procedéis de Phaz-Krinoll, a juzgar por vuestro aspecto y vuestra lengua…

—¿Eres uno de los colonos de la primera expedición? —inquirió Dybenko, asombrado, pues íntimamente estaba seguro de que los componentes del grupo que les había antecedido en Hootland habían perecido todos, por la causa que fuera.

—¡Sí, sí, sí! —exclamó el viejo, explicándose con grandes aspavientos—. ¡Yo soy John Kavi, uno de los primeros exploradores! Por desgracia, caí en las garras de los «Inteligentes», que me mantienen prisionero.

Dybenko interrogó durante más de una hora a aquel viejo loco, que le describió la grandeza increíble de Ia ciudad de Ingathamayour y le desveló la existencia del fabuloso «Santuario del Misterio», situado en los intrincados parajes de Ikuara-Mahl, al suroeste de Ingathamayour. Según Kavi, aquel extraño edificio estaba construido enteramente en oro y albergaba tesoros infinitos.

La ambición de Dybenko creció considerablemente al escuchar todo esto. Su satisfacción no fue tan grande por haber encontrado a Kavi y tener conocimiento de la existencia de seres inteligentes

nativos de Hootland, como de la revelación de la ciudad de Ingathamayour y la existencia en un lugar recóndito de una especie de templo indígena que albergaba tesoros inconmensurables.

Inmediatamente, pensó que algún día conquistaría Ingathamayour y establecería allá la sede de su imperio. Más tarde, llegaría la hora de echar una ojeada al santuario construido en oro y situado en las montañas de Ikuara-Mahl.

Existía un inconveniente: John Kavi quería escapar. Es decir, insistía una y otra vez a Dybenko en su deseo de sumarse a ellos. Pero esto no convenía a los planes del déspota.

«Si cargamos con este viejo, los hombres que le mantienen prisionero le echarán en falta y le buscarán. Sería lamentable que nos descubriesen antes de tiempo», pensó.

Por tanto, se esforzó en convencer al anciano de que lo más prudente era que volviera a Ingathamayour y permaneciera allí hasta que Dybenko y los suyos estuvieran en situación de tomar la ciudad y rescatarle. Ladinamente, Georgiu convenció a John Kavi arguyendo que les sería de gran utilidad como espía, ante lo cual ¡os ojillos erráticos del anciano destellaron con gran agitación.

—¡Bien, bien, bien! —chilló, mesándose los cabellos—. ¡Yo seré vuestro agente en Ingathamayour! ¡Así me vengaré de ellos!

Gracias a John Kavi, Dybenko supo que en la ciudad vivían unos dos mil de aquellos «Inteligentes», entre hombres, mujeres y niños. No eran peligrosos, pues sólo disponían de armas muy rudimentarias, aunque John Kavi declaró que Kroontax, el «raag» o jefe de ellos, contaba con la amistad de los wapamasis, un pueblo de trogloditas ciclópeos que habitaban en las inaccesibles montañas de Tchor-Wanaií. Según Kavi, los wapamasis eran más de tres mil y, aunque seres primitivos, suponían por el número una fuerza considerable.

Dybenko asumió aquellos interesantes datos y decidió acompañar a John Kavi hasta la escondida ciudad de Ingathamayour. Su interés en aquellos momentos no era tanto admirar la misteriosa ciudad como el de tener la seguridad de que Kavi volvería junto a los hombres que le tenían prisionero.

De todas formas, su asombro fue muy intenso cuando, ocultos al borde del bosque, admiraron las esbeltas torres, las terrazas, los jardines y murallas de la esplendorosa Ingathamayour.

Se trataba de una ciudad de proporciones considerables, capaz, quizá, de albergar a quince o veinte mi! personas. Lo depurado de su arquitectura y la riqueza de los materiales utilizados en la construcción de los bellos edificios convenció a Dybenko de una realidad: no eran las gentes que actualmente poblaban Ingathamayour los constructores de aquella sorprendente metrópoli. Según John Kavi, los inteligentes no eran más que hábiles cazadores y medianos agricultores. ¿Quiénes eran, pues, los seres superiores que habían erigido Ingathamayour?

Por apasionante que fuera aquella incógnita, a Dybenko tal misterio le tenía sin cuidado. Lo que le apasionaba era haber hallado Ingathamayour con tal facilidad, pues estaba seguro de que sin la preciosa ayuda del perturbado Kavi, quizá hubiera tardado años enteros en dar con Ía ciudad, pues quienes la construyeron buscaron un lugar recóndito, el más adecuado para mantenerla oculta a miradas extrañas y hostiles.

Se separaron de John Kavi, que se alejó a saltitos, orgulloso de su papel de espía en el seno de los «Inteligentes».

Cuando el viejo desapareció, Dybenko y los suyos volvieron a través del bosque y se alejaron a bordo de los vehículos ocultos tras los matorrales.

Durante el viaje, Dybenko analizó fríamente la situación. Y decidió que no podía enfrentarse locamente a las gentes del «raag» Kroontax y a sus aliados los impresionantes wapamasis, a los cuales estuvieron espiando con prismáticos durante varias jornadas.

Ciertamente, Dybenko era consciente de que su fuerza era muy reducida, pues sólo contaba con cinco colaboradores incondicionales: Burlaki, Tuckerman, Morris, Galves y Vagai. Por supuesto que contaban con los mortíferos fusiles-láser y que en un confrontamiento directo podría eliminar a unos cuantos centenares de enemigos antes... antes de que millares de wapamasis e «Inteligentes» cayeran sobre ellos y los despedazaran.

No. Era preciso obrar con astucia, con fría razón. Un plan se fue perfilando poco a poco en su mente. Y decidió ponerlo en práctica inmediatamente.

La primera fase consistió en construir una gran red, muy resistente. Observando a los wapamasis, Dybenko había comprobado que cada ocho o diez días, un grupo de éstos se descolgaban de las alturas y

descendían a la pradera para dedicarse a la caza. Horas más tarde, volvían con grandes piezas de caza, que despedazaban al pie del precipicio. Cargaban la carne en grandes cestas que eran elevadas con maromas desde las alturas.

Los trogloditas se mostraban desconfiados y vigilantes en todo momento. Excepto cuando se dedicaban a la tarea de trocear sus presas: en aquel momento dedicaban su atención a aquella tarea y olvidaban toda cautela.

Así fue como Dybenko y su grupo capturó a un grupo de cazadores wapamasis. Los peludos trogloditas estaban despellejando un buey de las praderas y varios grandes antílopes, cuando una pesada malla cayó sobre ellos.

Los trogloditas prorrumpieron en furiosos gruñidos y se debatieron como fieras en la trampa. Sus envites eran tan poderosos que la malla comenzó a romperse. Pero sonó un silbido y un chorro de gas les envolvió. Poco a poco cesó todo movimiento hasta que el último de los wapamasis cayó derribado.

Inconscientes por la acción del gas, los colaboradores de Dybenko les arrastraron hasta las grandes jaulas que cargaban los vehículos sobre orugas.

En las alturas, una bandada de grandes criaturas aladas planeaba sobre el tajo. Vagai alzó su fusil y se dispuso a disparar a lo alto.

—¡Malditos pajarracos! —barbotó, rabioso—. ¿Es que siempre los vamos a tener encima de nuestras cabezas?

Y hubiera disparado contra ellas, si Dybenko no le hubiera asestado un manotazo sobre el arma.

—¡Déjalos en paz, estúpido! Son simples aves carroñeras que han acudido al dolor de la pitanza. Vámonos. No nos conviene llamar la atención de los salvajes que habitan en las cavernas de las alturas —le amonestó.

Pero ¿para qué necesitaba Dybenko a sus colosales prisioneros, los peludos wapamasis?

Había urdido un plan diabólico, digno de su retorcida y desequilibrada mente. Ya que no podía luchar contra cinco mil adversarios —contaba a los wapamasis y a los «Inteligentes»— con energía de éxito, lo sensato era aniquilarlos por otros medios.

Había hecho vigilar discretamente el laboratorio de la doctora Durham y sabía que tanto ésta como su ayudante, la bella Wimi Shandaranaike estaban trabajando en el cultivo de bacterias y virus peligrosos con el fin de fabricar vacunas con las que defenderse de posibles epidemias en Hootland. Y ésa era la idea: ordenar a la doctora Durham que inoculase la más contagiosa y horrible de las enfermedades a los inocentes wapamasis que mantenía encerrados en los sótanos de la fortaleza de Tcharanx. Una vez contaminados, los pondría en libertad.

Lo más lógico era que aquellos salvajes volvieran a sus cuevas de Tchor-Wanaií y contaminasen a su vez a sus congéneres. La terrible enfermedad acabaría con todos los trogloditas. En el peor de los casos, la comunidad wapamasi resultaría diezmada y entonces sería llegado el momento de atacarles.

La única pega consistía en que Vanessa Durham no era fácilmente manejable. Lo más probable era que no se plegase a los maquiavélicos planes del tirano.

—Tanto da —decidió Dybenko—. Si no accede por las buenas, lo hará por las malas.

Decidió esperar, sin embargo. Si lograba averiguar dónde guardaba la doctora Durham sus ponzoñosos cultivos de bacterias y virus, el problema estaría solucionado.

Al día siguiente, Dybenko y sus secuaces abandonaron Tcharanx. A pocos kilómetros de distancia de la fortaleza, avistaron a un soberbio individuo que caminaba decididamente hacia Tcharanx.

—¡Un salvaje! —exclamó Vagai. Y detuvo su vehículo.

Era un hombre de gran estatura, cabellos crecidos y prodigiosa musculatura, que se detuvo a unos pasos del primer vehículo y lo examinó con curiosidad.

Dybenko echó pie a tierra y se acercó a él, llevando prudentemente su fusil en la mano.

A su pesar, hubo de admitir que el hombre que le observaba con fijeza era un tipo sorprendente. Superaba con mucho la estatura de Dybenko —que medía casi dos metros— y poseía una musculatura colosal. Semidesnudo, aquel imponente individuo apenas se cubría con un faldellín de cuero y unas rústicas botas de piel sin curtir que sujetaba a sus muslos con largas tiras de cuero.

—¿Adonde diablos te encaminas? —preguntó Dybenko, asombrado. Sin reparar en que probablemente aquel salvaje no comprendería su lenguaje.

Pero sorprendentemente aquel hombre respondió:

—Yo ir a Tcharanx. ¿Ser tú hombre de cabello en rostro que capturó a mis aliados wapamasis?

Por el rabillo de! ojo, Dybenko comprobó que el resto de sus hombres iban rodeando disimuladamente al salvaje.

—Es posible —respondió el déspota arrogantemente—, ¿Quién eres tú, cómo es que hablas mí idioma?

El coloso hinchó el poderoso tórax.

—Yo, Kroontax, «raag» de los «Inteligentes» —declaró.

¡Kroontax! Dybenko apenas podía creerlo... ¡el jefe de los «Inteligentes» de Ingathamayour había venido a ponerse voluntariamente en sus manos!

Si hacía prisionero a aquel cíclope, no sería difícil someter a chantaje a las gentes de Ingathamayour. Ante esta posibilidad, Dybenko sonrió ladinamente.

—Muy bien, Kroontax —respondió, al tiempo que hacía una disimulada señal a Burlaki para que se situara a espaldas del gigantesco «Inteligente»—. Yo soy Dybenko, en efecto. Dime, ¿a qué has venido?

—Kroontax liberar aliados wapamasis.

Dybenko prorrumpió en una estruendosa carcajada.

—¿Y piensas hacerlo tú solo? —se burló.

En las alturas se oyó un chillido penetrante. Kroontax alzó la mirada y Dybenko, instintivamente, hizo otro tanto.

Allá arriba, medio centenar de las enormes aves carroñeras describían círculos sobre sus cabezas. En aquel momento, Kroontax hinchó su pecho y dejó escapar un grito tan penetrante como los exhalados por las criaturas aladas, las cuales, sorprendentemente, se dispersaron, ganaron altura y desaparecieron por último.

Dybenko parpadeó, estupefacto. ¿Era posible que aquel salvaje supiera hacerse entender por las bestias carroñeras?

Kroontax se acercó furioso al «hombre del cabello en el rostro».

—¡Tú, Dybenko, liberar wapamasis o…

Pero Dybenko se zafó de sus manos y gritó:

—¡Abatidle!

Burlaki saltó sobre el coloso y descargó el cañón de su pesado rifle en la cabeza de Kroontax. Fue un golpe terrible, pero insuficiente para abatirle. Aunque atontado, movió su brazo derecho y Burlaki salió despedido a cinco metros de distancia.

Galves y Morris atacaron por la espalda a Kroontax. Un nuevo golpe en la sien le dejó paralizado. Luego docenas, centenares de demoledores golpes cayeron sobre él hasta que, finalmente, Kroontax dobló las rodillas y cayó al suelo cuan largo era.

Inconscientemente y sangrando profusamente por las heridas de su cabeza, Kroontax fue atado de pies y manos y arrojado al interior de uno de los vehículos.

Al atardecer, Dybenko regresó a la fortaleza de Tcharanx. Se sentía muy satisfecho: la captura de Kroontax podría significar un paso adelante más en la consecución de su loco sueño: erigirse en omnipotente mandatario de Hootland.

Kroontax fue arrojado a una de las mazmorras, lejos de aquella en la que habían encerrado a los wapamasis. Durante la noche, aquellos individuos prorrumpían en alaridos que ponían la carne de gallina. ¿Se trataba de gruñidos furiosos, lamentos o… eran señales con las que trataban de comunicarse con el «raag» de Ingathamayour?

Dybenko no se preocupó por ello. Los expedicionarios de Tcharanx creían que los prisioneros eran feroces animales y se inhibían del asunto. Por lo demás, los sótanos contaban con cierres acorazados, con cerraduras electrónicas a prueba de manipuladores.

Aquella noche, uno de los secuaces de Dybenko —'Tuckerman, que había cursado estudios de Bacteriología y Virología— hizo una incursión al laboratorio de la doctora Durham y volvió sigilosamente al reducto del tirano llevando un frasco cuidadosamente encerrado en un estuche de acero.

—¿Es esto lo que quería, jefe? —se pavoneó—. Se trata del cultivo de un virus activísimo y en cantidad suficiente para provocar la contaminación de millones de individuos. Un producto peligrosísimo: por eso la doctora Durham lo guardaba con todas las precauciones.

Los ojos negros de Dybenko destellaron malignamente.

—¡Dámelo! —exigió—. Yo lo guardaré. Y vosotros lo protegeréis como si os fuera la vida en ello.

—Acaba de decir la pura verdad, jefe. Porque verdaderamente nos va la vida en ello... —respondió Tuckerman, depositando con precaución el estuche sobre la mesa.

—¿Qué quieres decir?

—En cuanto hayamos inoculado el virus a los wapamasis. deberemos ponerlos en libertad y ahuyentarlos. Porque en cuanto hayan adquirido la enfermedad, su efecto será tan contagioso que nosotros mismos podríamos infectarnos por simple contacto.

Sus compañeros se apartaron de él, horrorizados. Pero Dybenko

no demostró ningún temor. Mientras contemplaba fijamente el estuche metálico, murmuraba obsesionado:

—Mañana, mañana, mañana...

Pero al día siguiente, cuando descendieron a las mazmorras las hallaron vacías.

Dybenko enfureció de cólera, Pero inmediatamente se calmó.

—¡Traed aquí a Alex Hillman! —barbotó.

Hillman se comportó como un valiente, pero el tormento fue minando su resistencia poco a poco hasta que claudicó y confesó lo que Dybenko quería saber.

—Atadle en lo alto de la torre. Tuckerman le inyectará unas cuantas gotas de ese preparado —ordenó el déspota. Y dejó escapar una risita malévola—. Tengo interés en ver cómo reacciona.

CAPITULO XIII

De madrugada, Vanessa despertó despavorida.

Respirando afanosamente, se preguntó cuál era la causa de su brusco despertar. Cerca de ella, Wimi dormía tranquilamente sobre su lecho, dispuesto sobre el suelo, al igual que el de la doctora Durham.

¿Alguna pesadilla? Vanessa fue tranquilizándose paulatinamente. Hasta que de repente una loca carcajada resonó lúgubremente bajo las bóvedas del palacio del «raag» Kroontax.

Vanessa se estremeció. Y el recuerdo de las noches de terror vividas en Tcharanx volvió a ella, angustiándola.

Resonó un rumor quedo, fuera de la amplia estancia. Luego una línea luminosa se dibujó bajo la alta puerta de madera maciza. Alguien la empujó y una alta silueta apareció a contraluz.

—¡Kroontax! —susurró Vanessa. Y un suspiro prolongado escapó de entre sus labios.

El hombre avanzó despacio, silencioso, y se inclinó sobre ella. Vanessa notó el contacto de las frescas manos del hombre y se estremeció de placer.

—Calma, Vanessa —habló él, a su oído—. Tú no temer. Ser ese viejo, John Kavi. Pasa la noche en vela. El leer extraños manuscritos y gritar y reír, pero ser inofensivo.

La acarició tiernamente, tratando de devolverle la calma. Pero a medida que las manos de Kroontax acariciaban su rostro y los desnudos brazos, Vanessa comprobó que la respiración del hombre se iba tornando más y más agitada.

—Kroontax, no debes… —murmuró la mujer, desfallecida.

Pero él deslizó sus dedos sobre el pecho femenino y Vanessa se estremeció de placer.

Sin embargo, rechazó a Kroontax con brusquedad.

—No puedo permitirlo. Yo debo…

El hombre se incorporó lentamente, sorprendido. Y poco a poco

retrocedió hacia la puerta. En aquel momento, un chillido penetrante recorrió las vacías estancias haciendo estremecer vivamente a Vanessa. Por desgracia, Wimi dormía profundamente, ajena a la angustia de su amiga.

Kroontax se había detenido en la puerta, que mantenía entreabierta.

—Por favor, por favor… ¡tengo miedo! —se oyó el susurro de Vanessa. Y el hombre volvió junto a ella y la abrazó tiernamente.

—¡Vanessa! —murmuró ardientemente.

Y ella le aceptó a su lado. El hombre la mantenía prietamente abrazada y su aliento fresco acariciaba las mejillas de la doctora Durham.

Conmovida, ella acarició la espalda del hombre.

—¡Kroontax, oh, Kroontax! Yo no sé qué hacer —dijo.

Pero cuando el hombre aflojó sus brazos y sepultó el rostro entre sus senos, Vanessa aflojó la cremallera y permitió que él la besase locamente.

Finalmente, ella se rindió. Buscó los labios del hombre, los acarició amorosamente y aspiró su aliento.

Como compensación, Kroontax separó sus muslos y la acarició tan íntimamente que Vanessa olvidó definitivamente los chillidos y las locas carcajadas del perturbado John Kavi.

* * *

Wimi estaba bromeando en el jardín con un atlético joven llamado Wayolli, cuando una detonación lejana acalló sus voces.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Vanessa, que acababa de salir al jardín tras notar cómo las bóvedas del palacio vibraban con fuerza al impulso, sin duda, de la onda expansiva.

Wimi y Wayolli se encogieron de hombros, desconcertados.

—No tengo ni idea —respondió la joven—. Hemos oído una detonación lejana, muy potente. Tal vez haya entrado en erupción uno de los volcanes situados al Oeste.

En efecto, Kroontax les había explicado algunos días atrás la existencia de una franja sísmica muy activa tras la cordillera de Tchor-Wanaií, a unos setenta kilómetros de distancia, dirección oeste.

Tranquilizados, Wimi y Wayolli prosiguieron con su alegre escarceo verbal. La expresión de Wimi era tan apasionada cuando contemplaba a aquel apuesto muchacho, que Vanessa estaba segura de

que su compañera acabaría enamorándose profundamente de él.

Volvió hacia el interior, pero no se sentía tranquila. Un raro desasosiego la obligó a caminar sin rumbo de un lado a otro.

¿Provenía su angustia de la posible erupción volcánica anunciada por Wimi? Kroontax había asegurado que la zona de los volcanes se encontraba a distancia suficiente y que no suponía un peligro, puesto que Ingathamayour se encontraba en el fondo de un profundo valle, protegida por las altas cumbres y por los frondosos bosques que rodeaban la ciudad.

Vanessa se hubiera sentido más segura de contar con la presencia' de Kroontax, pero él se había marchado aquella mañana al frente de un nutrido grupo de cazadores.

Por supuesto, Vanessa se ofreció a acompañarles, deseosa de seguir descubriendo los maravillosos parajes del sur, y también por gozar de las emociones de una partida de caza, pues el «raag» y sus cazadores se dirigían a las praderas de Mbowan Bassh con la intención de capturar algunos bueyes salvajes para proveer de carne fresca a la comunidad.

—Yo y cazadores dedicar toda atención a la caza. No poder cuidar de ti, ¿tú comprender? —explicó el hombre. Y Vanessa tuvo que ceder.

Por lo demás, se sentía absolutamente feliz viviendo en compañía del «raag» de Ingathamayour. Por fin, después de la disolución, del desánimo y la decepción, un hombre —«un verdadero hombre», se decía a sí misma—, había logrado devolverle la confianza en sí misma y la esperanza en el futuro.

Porque amaba ciegamente a Kroontax y se había entregado a él con fervor.

Se admiraba íntimamente de que, siendo el «raag» un hombre primitivo y elemental, fuera capaz de demostrar una delicadeza y una ternura tan entrañable. Pero así era Kroontax, rudo y vigoroso exteriormente, pero dulce y amable en la intimidad.

La doctora Durham hubiera sido absolutamente feliz de no ser por la amenaza que suponía la ambición y la locura de Georgiu Dybenko. Era un asunto pendiente que de algún modo debería solucionarse si querían vivir en paz Porque no se trataba solamente de su seguridad: Vanessa intuía que «Inteligentes» wapamasis y takanisis —todas las criaturas humanas que, al parecer, existían en Hootland— estarían amenazados mientras Dybenko existiese. No cabía, pues, sino una solución: eliminar a aquel individuo. Pero Vanessa era incapaz de plantearse tal cuestión.

Estaba pensando en esto, cuando en el exterior se produjo un cierto revuelo. Vanessa oyó el gritito exhalado por Wimi y corrió apresuradamente hacia el jardín.

De las alturas llegó un furioso batir de alas. Vanessa alzó la mirada y vio pasar velozmente las siluetas de varios quirántropos que se abatían planeando sobre una de las terrazas.

Un momento después, Kroontax y dos forzudos cazadores descendían arrastrando por la rampa a un individuo que se retorcía inútilmente entre sus manos. Desde lo alto, Kroontax impulsó a aquel hombre de un empellón y el desconocido cayó rodando hasta que unos arbustos floridos detuvieron su caída.

Kroontax llegó jadeante y enardecido. Su expresión era dura y enconada. En el idioma gutural nativo, Kroontax gritó una orden a sus acompañantes, los cuales apartaron las frondas y extrajeron de entre ellas al desconocido.

Vanessa lo reconoció en seguida. Era Tuckerman.

Su rostro estaba cubierto de arañazos y hematomas y su traje de mallas elástica aparecía desgarrado y sucio.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Vanessa, tomando a Kroontax por un brazo.

El se lo explicó en pocas palabras: habían sorprendido a Tuckerman

poco después de que se produjera una potentísima explosión en los farallones que dominaban la angostura del río situada a unos pocos kilómetros aguas abajo. Según Kroontax, las colosales moles rocosas se habían desplomado sobre el cauce del caudaloso río, formando una sólida y alta presa que haría subir en pocas horas considerablemente la superficie de las aguas.

—Tú interrogar —pidió Kroontax a Vanessa—. Necesitar saber qué se proponen al formar esa presa sobre el río.

La doctora Durham dirigió una fría mirada a Tuckerman.

—Ya lo sabe: lo mejor es que hable sin que tengan que presionarle. Le aseguro que estos hombres son temibles cuando algo les encoleriza —le explicó Vanessa crudamente.

Tuckerman vaciló, pero bastó que Kroontax se acercase unos pasos para que terminase confesando.

Según declaró, los planes de Dybenko al hacer explotar potentes cargas en la angostura del río tenían como objetivo formar una presa suficientemente resistente como para soportar los embates de la corriente del río. Lo había calculado todo fríamente de modo que durante la noche las aguas subieran de nivel y cubrieran toda la ciudad de Ingathamayour y ahogaran a sus habitantes.

Vanessa se estremeció de pavor. Evidentemente, el plan de Dybenko era viable. El río que discurría por el fondo del valle era suficientemente caudaloso como para anegarlo todo en unas horas y sepultar la ciudad bajo las aguas.

—¿Eso es todo? —preguntó, tremante de indignación.

Tuckerman se removió, inquieto, por lo que la doctora Durham lo acosó a preguntas y el prisionero terminó confesándolo todo: él mismo había robado del laboratorio de Tcharanx un cultivo de uno de los peligrosísimos virus en cuyo estudio trabajaba Vanessa. El proyecto de Dybenko era contaminar a los wapamasis, pero puesto que aquéllos habían sido liberados, finalmente…

—Ha decidido verter el contenido del frasco en el río. Durante varias jornadas, hemos vigilado la ciudad desde el bosque —añadió Tuckerman—. Comprobamos que sus habitantes se aprovisionaban de agua en el río, por lo que la contaminación de esta gente era segura.

Escuchando tales palabras, Vanessa se sintió horrorizada; miles de

personas estaban a punto de perecer en medio de horribles padecimientos.

No necesitó comunicar sus pensamientos a Kroontax. Este había escuchado la confesión del prisionero y conocía las dimensiones del peligro que les amenazaba a todos.

—¡Avisar, avisar a todos! —gritó a sus camaradas. Y él mismo corrió hacia la terraza en la que se encontraba el cuerno de señales y lo hizo resonar con lúgubres vibraciones.

Aprovechando el desconcierto que sus declaraciones acababan de provocar, Tuckerman se deslizó hacia la rampa y alcanzó la alta terraza donde los quirántropos le habían liberado. Desorientado, buscó una vía de escape, pero no la halló y siguió subiendo hasta que se encontró en lo alto de la torre.

Unas sombras se abatieron sobre él, Tuckerman perdió el equilibrio y cayó al vacío. Su estridente alarido de agonía se confundió con el sombrío ulular del largo cuerno que allá abajo hacía sonar Kroontax.

CAPITULO XIV

Vagai reía entre dientes tras los mandos del vehículo en que viajaba también Georgiu Dybenko, sumido en sus delirios de grandeza.

—Morirán como chinches. ¡Ni uno solo de esos salvajes se salvará, jefe! Y de paso, se habrá librado de la traidora Vanessa Durham y de su amiguita —murmuraba Vagai, regocijado—. Los que no contraigan el mal bebiendo las aguas contaminadas, se ahogarán cuando, durante la noche, las aguas inunden Ingathamayour. Luego… ¡todo será como un paseo!

Pero Dybenko no participaba de su entusiasmo. No hacía más que dirigir miradas llenas de ansiedad hacia el fondo del desfiladero en el que se alineaban los cuatro vehículos.

—¿Por qué tardará tanto ese estúpido? —murmuró Dybenko, impaciente—, ¡Ha tenido tiempo suficiente de llegar aquí!

Estaban aguardando a Tuckerman, el cual había sido encargado por Dybenko de hacer estallar poderosamente cargas de explosivos río abajo. Tuckerman tendría que volver a pie, pero ya se había cumplido el plazo calculado para reunirse con sus compinches. Que su acción había tenido éxito, estaba demostrado, pues hacía ya dos horas que se habían dejado oír dos potentes explosiones casi simultáneas. ¿Por qué no volvía ya? Tanto Dybenko, como sus cuatro adláteres comenzaban a perder la paciencia.

En aquel momento, algo golpeó con fuerza las planchas del vehículo en que se encontraban Dybenko y Vagai.

—¿Qué ha sido eso? —gruñó Dybenko, agitándose de un respingo. Justamente entonces se produjo otro fortísimo golpe en la puerta superior del vehículo.

Vagai empujó la portezuela y echó una ojeada al exterior. A punto estuvo de ser alcanzado por un enorme pedrusco, que golpeó la puerta y la dejó completamente abollada.

—¡Jefe! —aulló, aterrado—. ¡Hay centenares de wapamasis en los acantilados y nos están bombardeando con piedras.

Un nuevo impacto hizo crujir horrísonamente las fuertes planchas del techo.

—¡Vamos, salgamos de aquí! —gritó Dybenko, perdido el control de sus nervios. Y el vehículo se puso en marcha seguido de los que conducían Morris, Gal ves y Burlaki.

—¡Al diablo con Tuckerman! —barbotó Dybenko—. ¡Él se lo ha buscado! ¡Aprisa, imbécil, acelera o esos salvajes convertirán nuestras máquinas en chatarra!

En efecto, los numerosos impactos hacían crujir las planchas, convertían en añicos los cristales y rebotaban por doquier alrededor de los vehículos.

Diez minutos después, el cañón desembocó en una ladera poblada de árboles.

—¡Hacia abajo, hacia el bosque! —se desgañitaba Dybenko, fuera de sí, pues los numerosos impactos de los pedruscos habían abollado completamente el vehículo, cuyas cadenas chirriaban estridentemente a punto de desgajarse.

Triturando los arbustos que poblaban la ladera, los vehículos rodaron velozmente al amparo del bosque, en el que se adentraron profundamente. Al fin, Dybenko dio a Vagai la orden de detenerse y los demás les imitaron.

El déspota descendió del vehículo y dirigió una ojeada colérica a las máquinas rodantes. El aspecto de aquellos vehículos era lastimoso, rotos los cristales, destrozados los faros y antenas y deformadas sus resistentes planchas.

—Es extraño —observó Burlaki, cuando los cinco hombres estuvieron reunidos en la espesura—. Me pregunto por qué nos atacaron esos salvajes. Por otra parte, sus guaridas están a mucha distancia de aquí. ¿Cómo lograrían trasladarse hasta los acantilados del desfiladero?

Dybenko frunció el ceño, pero no respondió. Sus hombres volvieron a los coches y sacaron provisiones y bebidas, que consumieron con gran fruición, pues no habían probado bocado desde aquella mañana y estaba muy avanzada la tarde.

También Dybenko comió un poco, aunque se sentía intranquilo v excitado. Se llevaba una botella a los labios, cuando la retiró violentamente y olfateó el aire.

—¿Qué ocurre? —preguntó Burlaki, inquieto.

—Humo —murmuró su jefe, sudorosas las facciones repentinamente—, ¡Han prendido fuego al bosque!

Era cierto. Minutos después, grandes llamaradas brillaban en el confín del bosque. Por desgracia, la brisa soplaba hacia el sur avivando el fuego e impulsando el fragoroso incendio en dirección a los vehículos.

Barbotando incoherencias, Dybenko subió a su coche y dio la orden de partir. Rodaron a través del tupido bosque, huyendo siempre de las colosales llamas que crepitaban tras ellos amenazadoramente. A veces, se detenían un momento, pero el fuego era tan voraz que les alcanzaba en pocos minutos, por lo que se veían obligados a proseguir siempre hacia el sur.

De repente, se encontraron ante un estrecho tajo abierto en la roca.

—¿No es éste el desfiladero que nos describió John Kavi? —exclamó Dybenko, cuando el vehículo frenó con brusquedad—. ¡Sí!

Una larga y angosta hendidura en un bloque de basalto es el único camino que lleva a Ikuara-Mahl. Pero…

Descendieron del coche, mientras los otros tres vehículos se agolpaban chirriantes tras ellos. El bosque ardía en toda su extensión y la temperatura era tan elevada que quemaba el rostro. Según advirtió pronto Dybenko, no había otra vía de escape para alejarse del fuego que el estrecho desfiladero que conducía al «Santuario del Misterio».

Decididamente, los vehículos no cabían a través de la angosta hendidura, por lo que los cinco hombres se vieron obligados a abandonarlos, después de recoger sus armas.

Corrieron, pues, hacia el cañón de altos muros y poco después desembocaban en un grandioso circo de unos tres kilómetros de diámetro. Un espeso bosque de altísimos y añosos árboles cubrían el fondo de aquel anfiteatro que, probablemente, no era otra cosa que el ancho cráter de un volcán extinguido.

—¡Mirad! —exclamó Dybenko, exaltado.

Y todos contemplaron, mudos de asombro, las altas torres doradas que se elevaban por encima de las copas de los árboles.

—¡El Santuario! —exclamaron al unísono, admirados. Y empujados por la curiosidad y la ambición avanzaron por la estrecha senda abierta en el espeso bosque.

Minutos después se detenían, atónitos, ante aquella bellísima construcción que la densa vegetación parecía pretender ahogar, pues gruesas raíces y enormes ramas se entrelazaban alrededor de los basamentos, formando una densa masa vegetal en las alturas. Sólo las afiladas agujas de las torres emergían sobre aquella bóveda verde que todo lo asfixiaba.

Lentamente, Dybenko se acercó a los dorados muros y palpó, todavía incrédulo, los artísticos bajorrelieves y extraños signos cincelados en el metal.

—¡Oro, es oro puro! —brotaron las palabras de su boca.

Rodearon el santuario y hallaron la entrada. Era una puerta rectangular bajo un pórtico de airosas columnas.

—¡La entrada está libre! —exclamó Dybenko, fuera de sí—.

¡Entremos! No soy capaz de resistirme a la curiosidad de contemplar los tesoros que se encierran ahí.

Y uno por uno, silenciosamente, penetraron en el santuario.

De entre el bosque se destacaron las siluetas del «raag» Kroontax, la doctora Durham, Wimi, Wayolli y una gran cantidad de jóvenes cazadores, todos los cuales habían permanecido ocultos tras los árboles.

Al instante, del interior del templo brotaron alaridos de horror, terribles maldiciones, gritos enloquecedores, ayes de dolor y lamentos de alma en pena. Tan vivos e impresionantes eran aquellos signos sonoros, que Vanessa Durham se estremeció en un violento escalofrío.

Porque lo que oía eran las voces de Dybenko y sus colaboradores, los cuales chillaban y maldecían como si alguien les estuviera sometiendo al más horrendo de los tormentos.

—¿Por qué no escapan, por qué...? —murmuró, consultando a Kroontax con la mirada. Pero éste permanecía en actitud estático y lejana, fijos los ojos en la puerta del «Santuario del Misterio».

Al cabo de un tiempo pareció reaccionar y dijo:

—Nosotros alejar de aquí. Todo estar terminado.

Retrocedieron y alcanzaron el desfiladero. Allí, siguiendo órdenes del «raag», los cazadores prendieron fuego a la floresta. Colosales llamas se alzaron a las alturas y el calor les obligó a refugiarse en las oquedades del tajo. Desde allí, se oyeron crepitar los troncos de los árboles durante largo tiempo. Al cabo, cuando el fuego fue extinguiéndose, salieron y descubrieron, estupefactos, que el templo de Ikuara-Mahl se había derretido casi por completo bajo el efecto de la altísima temperatura. Regueros de oro líquido corrían todavía por entre las escorias y en el centro del natural anfiteatro se alzaba apenas una borrosa masa de metal a medio fundir.

—Nunca llegaremos a desvelar el enigma de Ikuara-Mahl —suspiró Vanessa tomando por el brazo a Kroontax.

.—Hay misterios que es mejor ignorar —respondió el «raag» filosóficamente. Y abandonaron aquel lugar sin volverse atrás una sola vez.

* * *

Los hombres de Tcharanx. avisados por la doctora Durham, volaron las rocas que cerraban el río aguas abajo y la corriente se precipitó tumultuosa por el cauce poco después. En pocas horas, el nivel de las aguas bajó a su nivel normal y los habitantes de Ingathamayour pudieron retornar a sus viviendas, después de que los técnicos de Tcharanx desinfectasen edificio por edificio bajo las órdenes de la doctora Durham.

Sólo hubo una víctima: John Kavi, que murió ahogado. El demente tenía la manía de dormir encadenado a una columna, de modo que cuando subieron las aguas aquella noche fue incapaz de acertar a soltar sus cadenas y pereció bajo las aguas.

Wimi se había reunido con sus camaradas de Tcharanx, los cuales —hombres y mujeres— recorrían las calles de Ingathamayour, sorprendidos, fascinados y encantados ante el descubrimiento de tan hermosa metrópoli.

—Todos desearían vivir aquí, mil veces mejor que en la solitaria y sombría fortaleza de Tcharanx —le contó Wimi—. ¿Crees que sería posible?

Vanessa no supo qué responder. Luego, pensativa, dijo:

—No sé. En realidad, no somos sino intrusos. Hootland y sus maravillas pertenecen a estos hombres y mujeres, los «inteligentes», los wapamasis, los takanisis... Tendré que consultar con Kroontax. El es el «raag»: el único que posee autoridad para decidir.

Una sonrisa burlona en los labios de Wimi la obligó a volverse velozmente. Y su rostro tropezó en el pecho de Kroontax, que se encontraba a su espalda.

—¡Kroontax! ¿Has estado escuchando? —exclamó la doctora Durham. Y al ver que el hombre asentía, insistió—, ¿Cuál es tu respuesta respecto a mis camaradas?

El «raag» adoptó una actitud grave y reflexiva. Al cabo, dijo:

—Hootland es enorme y está escasamente habitado. Por tanto, bien venidos todos aquellos que lleguen a nosotros con el corazón limpio y buena voluntad. Además, ellos nos han ayudado a dejar libre el curso

del río. En lo más profundo, de mi corazón espero que nuestras relaciones se desarrollen en paz y armonía.

Los expedicionarios aplaudieron entusiasmados, sin dejar de contemplar al hércules que abrazaba a la doctora Durham.

—¿Y nuestras relaciones, «raag»? —susurró Vanessa al oído de

Kroontax—. ¿Crees que seguirán siendo tan estrechas y entrañables como hasta ahora?

Pero Kroontax, hermético, no respondió. Unicamente la tomó por una mano y la arrastró suave pero firmemente hasta el palacio enclavado en las alturas, donde poco después se dejaron oír los grititos y las risas de la doctora Durham.

Evidentemente, el poderoso «raag» de Ingathamayour no era hombre de muchas palabras...

FIN